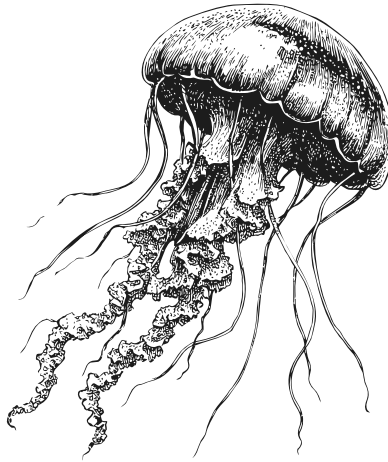


Diario de Playa: Crónicas de una medusa viajera



Tomo I:
Cuando el arte se cruza con la
ciencia y la educación

Diario de Playa: crónicas de una medusa viajera.

1. Cuando el arte se cruza con la ciencia y la educación.

Textos:

Carolina Castro Jorquera
Paula de Solminihac
Celeste Kroeger
Campodónico
Consuelo Pedraza

1ra edición: Septiembre, 2025.
Ediciones Nube

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de Nube Lab. La infracción de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

Edición impresa en Santiago de Chile por Nube Lab.
Se intentó llevar al mínimo el uso de recursos.

www.nubelab.cl
hola@nubelab.cl

Edición de contenidos:

Consuelo Pedraza

Diagramación:

Consuelo Pedraza

Diseño de portada:

Camila Romero

Ilustraciones:

Paula de Solminihac

Fotografías:

Allison Conley
Consuelo Pedraza

Revisión de estilo:

Carolina Castro Jorquera

Diario de Playa son las crónicas que relatan el proyecto *La carpa de la medusa*, proyecto liderado por Paula de Solminihac en coproducción con Nube Lab y bajo la curatoría de Carolina Castro Jorquera. Esta colección da cuenta de los procesos creativos que dieron forma al proyecto, recogiendo sus viajes, anécdotas y aprendizajes. Este primer número aborda el periodo comprendido entre fines de 2022 y mayo de 2025, etapa en la que se gestaron las primeras ideas de una carpa-medusa, que finalmente se instaló por primera vez en la Playa Chica de Las Cruces en diciembre de 2024, para luego continuar con la implementación de sus aprendizajes en escuelas locales durante 2025. El proyecto fue realizado en colaboración con la Estación Costera de Investigaciones Marinas UC (ECIM UC) y la Ilustre Municipalidad de El Tabo, y financiado por el Programa de Desarrollo Productivo Sostenible de CORFO, a través del instrumento Factoría Creativa.

Contenidos

I. Preludio	La carpa de la medusa: un proyecto en tres tiempos	13
II. Diario de playa		23
III. Lecciones	1) Aguas vivas: formas carposas y volatinosas	59
	2) El plancton: colectivos errantes	68
	3) Habitar la playa: narrativas del lugar	80
	4) Un tapiz de relaciones: historias materiales y economías circulares	93
IV. Epílogo	Desde la otra orilla, que no es tan distinta	101
V. Tentáculos	1) Glosario	116
	2) Bibliografía	119
	3) Inspiraciones	123



El arte de la memoria se basa en el uso de
símbolos y principios que se
ordenan en la
memoria. y a otros venden de
los otros. propósito, armonía y
se codifican los materiales
de la mente, los puntos como personas
de ellos los otros se pegan
de la realidad natural.

composición gral:
Pie

CAYEN DISTINGUE
BAILARIN DEL BAI

el poder
del cuerpo de dentro.

LA COLUMNA

CAYEN DISTINGUE
BAILARIN DEL BAI

0 200



en interviniendo, cada en su hilo, en...

EL ETERNO CICLO DEL INTERCAMBIO / EL DON

PIRAMIDAS / CHONGUNGO
del Distrito de - Macareceda

Y el punto entre el espacio
y los todos convergen









La carpa de la medusa: un proyecto en tres tiempos

Consuelo Pedraza

Llegó de madrugada, casi sin hacer ruido, como si hubiera salido del fondo del mar o de un sueño costero. El 20 de diciembre de 2024, justo cuando amanecía sobre la Playa Chica de Las Cruces, apareció una medusa gigante, blanda y translúcida. Pero no era precisamente el animal marino, sino una arquitectura leve, hecha de fierro, telas y cuerdas recicladas. Venía a entregarnos algo —¿una ofrenda, quizás?—: un espacio de encuentro para la comunidad costera.

Mucho antes de que llegara a la playa, *La carpa de la medusa* ya existía. Era un boceto en una libreta, una imagen insistente en la cabeza de una artista obsesionada con las medusas. En 2021, la artista visual, docente y directora ejecutiva de Nube Lab, Paula de Solminihac, leyó sobre los bosques de algas en un periódico, lo que provocó una cadena de acciones que la llevaron a bucear y sumergirse —literalmente— en el misterioso mundo de las medusas: ese animal errante, ancestral, casi fantasmal.

Las medusas —del grupo de los cnidarios— habitan los océanos desde hace más de 600 millones de años. Han sobrevivido a grandes transformaciones planetarias, están compuestas en un 95% por agua, sus movimientos son suaves y sus trayectorias están a merced de las corrientes marinas. Hay en ellas una forma de vida sencilla, flexible, adaptable. Una manera de estar que tal vez—intuyó Paula— podría enseñarnos algo.

No fue sino hasta 2023 que Paula me invitó, junto al arquitecto Vicente Donoso, a imaginar una estructura blanda y efímera que evocara la forma de este animal. Con la llegada al proyecto de la curadora Carolina Castro Jorquera, esta visión tomó un nuevo rumbo: comenzó a tejerse como una metodología de trabajo territorial de largo aliento con la comunidad. A partir de ahí, el proyecto siguió creciendo junto a los habitantes de Las Cruces, la Estación Costera de Investigaciones Marinas UC (ECIM) y el Departamento de Cultura de la Municipalidad de El Tabo, quienes aportaron conocimientos, redes y complicidades locales.

Y como si ella misma atrajera voluntades, se fueron sumando otras fuerzas, provenientes de mundos distintos pero igualmente comprometidos con una forma de ser y hacer más consciente y colaborativa. Desde el universo de la producción sustentable, Patagonia, Toyota y Bureo ofrecieron un material singular: redes de pesca desechadas que, transformadas en un tejido de alto rendimiento llamado NetPlus®, dieron forma a la piel de esta criatura costera. Recollect, por su parte, donó cabos reciclados que se convirtieron en sus tentáculos. Estas colaboraciones no solo hicieron posible una arquitectura liviana y resistente, sino también un gesto de responsabilidad con el entorno marino que la inspiró. El proyecto fue finalmente impulsado gracias al financiamiento del Programa de Desarrollo Productivo Sostenible de CORFO, a través del instrumento Factoría Creativa, que permitió reunir a todas estas piezas en un mismo cuerpo colectivo.

En un contexto de creciente vulnerabilidad del borde costero —donde el 86% de las playas chilenas está en riesgo de desaparecer, según estudios del Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile¹— *La carpa de la medusa* articula arte, ciencia y educación para reflexionar colectivamente sobre el pasado, presente y futuro de las zonas costeras, sus habitantes y todas las formas de vida que allí habitan. A través de experiencias significativas y colaborativas, busca activar procesos de aprendizaje sensibles y abrir espacios de conversación frente a las transformaciones socioecológicas que ya nos interpelan.

Guiado por una metodología de trabajo territorial, el proyecto se despliega en tres tiempos que, para efectos de visualización, podemos imaginar como una curva semejante a la umbrela de una medusa. Parte con una aproximación paulatina a la comunidad —el ascenso—, mediante una serie de talleres que abren el diálogo y comienzan a establecer lazos. Luego alcanza su punto más alto —la cúspide— con la instalación de la carpa en la playa y la realización de un evento abierto y convocante. Finalmente, desciende suavemente para sembrar lo

1 Pontificia Universidad Católica de Chile. (2023). El 86% de las playas está en riesgo de desaparición. Recuperado de: <https://www.uc.cl/academia-en-los-medios/el-86-de-las-playas-esta-en-riesgo-de-desaparicion/>

aprendido en las escuelas locales, dejando una estela de continuidad pedagógica en el territorio.

El ascenso: aproximación comunitaria

De octubre a diciembre del 2024, junto a Paula de Solminihac, Carolina Castro Jorquera, la artista y psicóloga Paulina Martínez y bajo la coordinación de Tatiana Orellana (del Departamento de Cultura de la Municipalidad del Tabo), iniciamos una serie de talleres comunitarios en Las Cruces. Instancias de exploración y encuentro bajo el título: “Yo, medusa, he visto y tocaré” a los que llegaron mariscadoras, artesanas, escritoras, biólogas marinas, funcionarias públicas y vecinas del sector.

Los encuentros fueron una invitación a adentrarse en el mundo de este animal tan antiguo como misterioso. Conversamos—largo y tendido— sobre lo que se sabía y lo que no se sabía de las medusas. Surgieron dudas, intuiciones, relatos personales y unos cuantos mitos. Hubo escritura especulativa — en torno a la pregunta ¿qué habrán presenciado las medusas en otras eras geológicas?— y modelado con arcilla y agua. También se compartieron anécdotas, memorias y afectos entre quienes asistieron.

En el transcurso de estos encuentros comenzaron a emerger, casi sin darnos cuenta, algunas de las primeras lecciones que las medusas podían ofrecer: su capacidad de adaptación, su transparencia, su aparente tranquilidad y sencillez, su movimiento fluido y colectivo, casi hipnótico. Más adelante, estas lecciones se desplegarían en la playa como experiencias sensibles. Y luego, en otro formato, regresarían a las escuelas como actividades y contenidos pedagógicos.

Pero hubo algo más. Algo que sólo ocurre en el encuentro humano, en la conversación distendida, cuando se comparten historias de vida, de trabajo, de infancia. Aparecieron rostros, nombres, trayectorias. María Elena y su vínculo con la Punta del Lacho. Nancy, artesana y

recolectora compulsiva. Luis, encargado de la biblioteca municipal y cruzólogo —así lo han definido, experto en Las Cruces—. Cony, de la Biblioteca Escolar Futuro, que alguna vez se encontró cara a cara con una medusa.

Fueron esos vínculos los que dieron sustancia y sentido al proyecto. Porque fue a partir de esos encuentros que Tatiana propuso hacer un programa en la playa, compartiendo con quienes estuvieran allí lo que ya habíamos aprendido entre nosotras. No se trataba simplemente de instalar algo en la playa, sino de tramar algo en común, desde lo que cada quien sabe hacer. Por eso la programación del evento del 20 de diciembre no fue diseñada desde afuera: surgió directamente de ese tejido colectivo. Fueron las propias participantes quienes propusieron talleres, charlas y encuentros, guiadas por sus oficios, saberes y afectos por el territorio.

La cúspide: experiencia en la playa

Se levantó durante la noche, tras una larga jornada de montaje que se extendió hasta la madrugada. Y al amanecer, ahí estaba: una medusa gigante en medio de la Playa Chica de Las Cruces. Para las seis de la mañana, ya había familias reunidas a su alrededor, intrigadas por su presencia misteriosa. A lo largo del día, esa curiosidad fue contagiando a más personas. Quienes habían llegado solo a disfrutar del mar comenzaron a acercarse, instalando sus toallas cada vez más cerca, atraídas por algo más que la figura en sí: por lo que ocurría dentro y alrededor de ella.

La jornada comenzó con la voz de María Elena, quien relató los cambios que ha observado en la Punta del Lacho durante los últimos treinta años. Al mediodía, Constanza Allende nos introdujo al término “mitofísica” a través del mito de la medusa, mostrando cómo distintos saberes —mitología y física— pueden convivir y nombrar el mundo desde sus propias lógicas.

Por la tarde, las biólogas Celeste Kroeger y Eloísa Garrido,

junto al artista Javier Otero, nos propusieron mirar el mar como si fuera una galaxia: con lupa, microscopio y asombro. Invitando a las personas a observar pequeñas criaturas, y luego a dibujarlas desde la imaginación: ampliadas como si fueran gigantes, o pensadas desde la perspectiva de quien se vuelve diminuto. Más tarde, fue el turno de la Mesa de Artesanos Culturales de El Tabo, representada por Francisco Collio, Sindy Cea y Nancy Maureira. Cada uno de ellos trajo un obsequio para la Medusa: creaciones confeccionadas con sus propias técnicas e inspiradas en la fluidez y movimiento de este enigmático ser marino.

Y al anochecer, la carpa mutó: se volvió cine. La videoproyección creada por Ana Edwards, con música original de Aníbal Bley, iluminó el interior y exterior de la criatura textil. Más de cincuenta personas se reunieron a su alrededor, envueltas por las imágenes y sonidos en una atmósfera tan hipnótica —como observar medusas danzando en el fondo del océano—, de la cual nadie quería irse.

Lo que se vivió ese día superó cualquier expectativa. Desde el amanecer hasta entrada la noche, la carpa cautivó por su presencia y por lo que tenía para ofrecer: un aula abierta y escenario comunitario, que por un día transformó la cotidianidad de la Playa Chica donde personas desconocidas compartieron historias, dibujaron criaturas marinas, exploraron organismos microscópicos y se dejaron llevar por lo que allí acontecía. “Es como estar en el colegio, pero mucho más divertido”, dijo un niño al terminar uno de los talleres.

El descenso: lecciones para las escuelas

Las experiencias transformadoras suelen tener algo de intempestivas: aparecen, sorprenden, emocionan y activan algo que no se sabía que estaba dormido. Eso fue lo que ocurrió en Las Cruces. Pero el asombro, por sí solo, no basta. Para que esas chispas no se apaguen con el fin del verano hay que volver, con otro ritmo. Volver desde la educación a

dejar en las personas todo lo que la medusa ha levantado como metáfora: sus movimientos lentos, su manera de habitar sin imponerse, su naturaleza errante pero siempre colectiva, su capacidad de adaptarse y flotar incluso en entornos inciertos. Todo eso ofrece una manera de estar en el mundo, una actitud medusa.

Durante los meses posteriores al evento, trabajamos junto al ECIM UC en traducir esos aprendizajes en propuestas educativas. Cuatro lecciones en total, transformadas en actividades y contenidos pedagógicos para compartir en el aula. Y en mayo de 2025 —justo durante el mes del mar— ambos equipos regresamos a Las Cruces, esta vez sin carpa, sino a implementar dos de las lecciones en escuelas del sector —la Escuela Básica Las Cruces y el Colegio El Tabo— y sembrar en las y los estudiantes aquella actitud medusa.

¿Quién recuerda una gran medusa sobre la playa en diciembre?— se preguntó al entrar a las aulas. Y las manos se alzaron. La recordaban. Precisamente, las “lecciones para las escuelas” buscan sostener aquel asombro y sembrar con él maneras más sensibles, colectivas —y, finalmente, más ecológicas— de cohabitar el territorio.

Lo vivido en Las Cruces no es un final, sino una nueva forma de hacer experiencias de aprendizaje. Este modelo no es una receta, pero sí una orientación capaz de desplegarse en otros contextos costeros, adaptándose a sus paisajes, saberes y comunidades. Queremos que esta medusa viaje. Que su modo de cohabitar el mundo inspire formas más sensibles y sostenibles de vivir. Y por eso compartimos todo lo que aprendimos en este proceso creativo.

Este *Diario de playa* es el archivo de una transformación. A través de bocetos, anécdotas y hallazgos, recompone el relato de cómo una idea en la mente de una artista logró rebotar lo suficiente hasta convertirse en un proyecto con formas colectivas, colaborativas e —incluso— profundamente comunitarias.

La publicación toma la voz de Paula de Solminihac, quien narra el camino que llevó a la instalación de *La carpa de la medusa* en la Playa Chica de Las Cruces: un recorrido que entrelaza memoria, bitácora y relato coral para dar cuenta del origen y despliegue del proyecto. A partir de esa experiencia, la segunda parte propone un giro: reorganizar lo vivido en torno a una serie de aprendizajes compartidos. Así, lo que comenzó como una intuición se transforma aquí en una serie de lecciones y propuestas educativas, reunidas en cuatro capítulos que exploran lo que llamamos una actitud medusa: una forma de aprender desde el cuerpo, el asombro y la relación con lo que nos rodea.

Finalmente, el diario cierra con la voz de la bióloga y educadora marina Celeste Kroeger Campodónico, quien ofrece una mirada “Desde la otra orilla, que no es tan distinta”. Su mirada construye puentes entre ciencia y arte, recordándonos que, aunque distintas en sus métodos, ambas disciplinas exploran el mundo con preguntas, intuiciones y formas propias de compartir conocimiento.

Como todo diario, no pretende ser exhaustivo ni conclusivo. Por eso ha cuidado presentar esta historia a partir de fragmentos, bocetos y ejercicios educativos, asumiendo que un proceso creativo es, de por sí, algo vivo, cambiante y siempre incompleto. En su diseño, se ha dejado espacio para la marginalia: márgenes en blanco que invitan a quien lo lea a intervenir, anotar, dialogar con lo que ahí aparece.



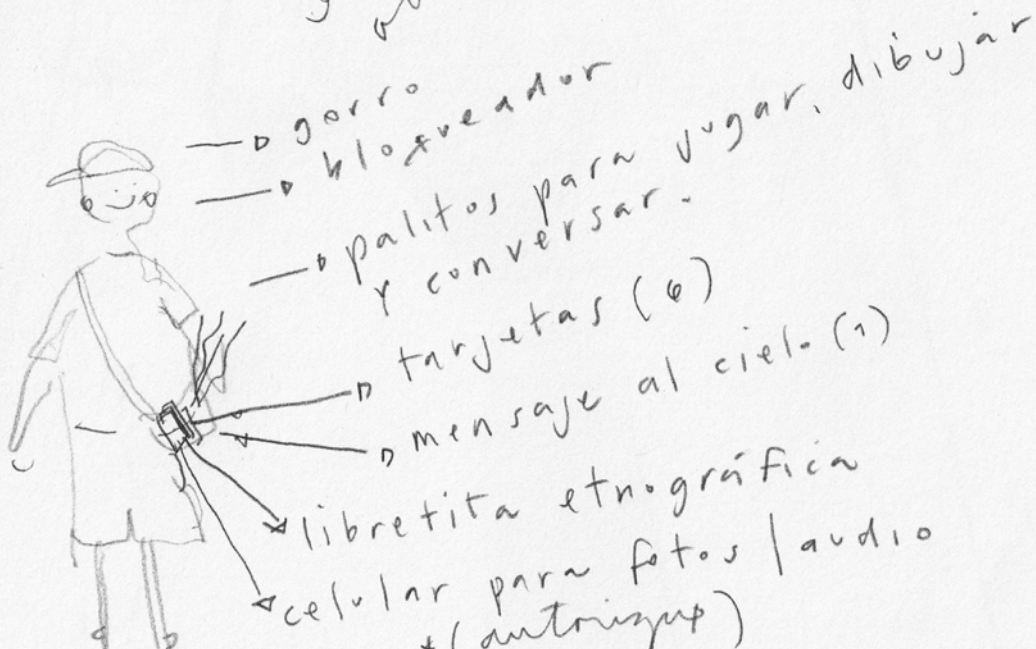


Diario de playa

Paula de Solminihac

solo para
 que quien se
 que para
 drop todos
 ESTAR
 si miramos
 que ver?
 flujos
 SER A
 a través
 a través
 a través

lo que es un... mirará al cielo
 fuente mediana. fuente variable. kila
 naciente. Inconspicuo. has polvaredas
 SER a muchos carabinos e que corren de
 madura separa a otros para
 enfrentan con optimismo los desafíos
 actuales que enfrentan así.





Intento contar esta historia en orden cronológico, a pesar de que los procesos creativos —sobre todo cuando son colectivos— no avanzan en línea recta. Se bifurcan, se cruzan, cambian de ritmo. Lo que aquí se cuenta podría relatarse de muchas otras maneras, porque en cada paso hubo más de una mirada, más de una versión. Aun así, intento recordar y anotar. Porque los procesos creativos también son una forma de registrar el paso del tiempo. Si les prestamos atención —no sólo como un medio para llegar a un resultado, sino como algo valioso en sí mismo— podemos verlos como una expresión viva, en constante transformación. En ellos aparecen las personas, los lugares, los accidentes, las decisiones. Por eso vale la pena contar sus historias: porque son, a su modo, una forma de memoria².

Diciembre 2021 – Diciembre 2023

La carpa de la medusa comenzó como una majamama de acontecimientos e intuiciones que llamaron mi atención. De a poco estos fueron tomando forma en mi imaginación —y en la de otras personas— y se fueron organizando como una visión colectiva que guió nuestros pasos.

Todo partió a fines de 2021, cuando leí una entrevista sobre la depredación de los bosques de algas en Chile. A partir de ahí, esos paisajes submarinos comenzaron a colarse en mis inquietudes artísticas. La imagen de esos ecosistemas danzantes, junto con mi afinidad por el mar y la playa, fue creciendo con el tiempo. Se alimentó de conversaciones espontáneas, situaciones cotidianas, momentos de trabajo en Nube y también de noches a solas en el taller.

Poco a poco, esas ideas empezaron a tomar forma en mis cuadernos. Dibujaba una y otra vez figuras evocativas, y de ahí emergió una en particular: la medusa. Su cuerpo blando y flotante comenzó a habitar mis dibujos con insistencia. Empecé a investigar sobre ellas. Descubrí que su cuerpo está compuesto en un 95% por agua, y que su origen se remonta a tiempos prehistóricos, como si fueran criaturas salidas de una película de ciencia ficción. Cuanto más leía,

2 Esta historia fue compuesta a partir de la revisión de conversaciones sostenidas por correo y WhatsApp con Vicente Donoso, Alejandro Pérez, Consuelo Pedraza, Christian Vivero-Fauné y Carolina Castro. Con cada uno de ellos compartí observaciones, ideas, proyectos, maquetas y procesos constructivos que, en conjunto, dieron forma a *La carpa de la medusa*.

N. VERGATA - ESCUTUM
 Garden Pillory AME EN LA CIVIDAD
 Patrimoni de l'Escutum
 Patrimoni de l'Escutum

N. VERGATA - ESCUTUM
 Garden Pillory AME EN LA CIVIDAD
 Patrimoni de l'Escutum
 Patrimoni de l'Escutum

N. VERGATA - ESCUTUM
 Garden Pillory AME EN LA CIVIDAD
 Patrimoni de l'Escutum
 Patrimoni de l'Escutum

N. VERGATA - ESCUTUM
 Garden Pillory AME EN LA CIVIDAD
 Patrimoni de l'Escutum
 Patrimoni de l'Escutum

N. VERGATA - ESCUTUM
 Garden Pillory AME EN LA CIVIDAD
 Patrimoni de l'Escutum
 Patrimoni de l'Escutum

N. VERGATA - ESCUTUM
 Garden Pillory AME EN LA CIVIDAD
 Patrimoni de l'Escutum
 Patrimoni de l'Escutum

N. VERGATA - ESCUTUM
 Garden Pillory AME EN LA CIVIDAD
 Patrimoni de l'Escutum
 Patrimoni de l'Escutum



Verano 2024

Al poco andar, nos dimos cuenta de que adaptar el acuario interactivo —con aquella tecnología que combinaba lo análogo con lo digital— para llevarlo a una playa en Chile no solo iba a ser técnicamente complejo, sino también demasiado costoso. Esa constatación marcó el primer gran giro del proyecto: dejar atrás el impacto tecnológico para centrarnos en lo esencial. Primero, educar sobre la vida en la playa y disfrutar en el proceso. Queríamos que el espacio fuera, a la vez, un lugar de aprendizaje y de goce. Segundo, crear una carpa itinerante, replicable en distintos lugares de Chile y adaptable a cada entorno. Y por último, algo que fue emergiendo con fuerza a medida que íbamos aprendiendo: las medusas, dejarnos afectar por su modo de estar en el mundo. El acuario, que al inicio parecía el corazón del proyecto, comenzó a volverse prescindible. Los principios estaban más claros que la forma.

Ese verano ocurrieron dos cosas importantes que le dieron forma y sentido al proyecto: la primera fue montar la carpa; y la segunda, sumar a la Carolina Castro Jorquera⁵ como curadora.

El 21 de febrero armamos por primera vez la carpa en el patio trasero del taller de Nube, junto a un grupo con el que ya me he acostumbrado a especular. Con el Javi⁶ y mi hija Elena, habíamos viajado en 2018 a montar *Los pliegues del atrapaniebla* en El Tofo, comuna de La Higuera⁷: una intervención en el paisaje que buscó hacer visible un proceso invisible, la transformación de la niebla en agua. Seis años después, volvíamos a reunirnos. Esta vez con nuevas personas: la Consu y Vicente; Marti⁸, quien aceptó el desafío de vestir la carpa; Inés⁹, quien venía integrándose recién a Nube; y Oscar junto a su equipo de constructores. Una pequeña comunidad reunida en torno a una idea blanda.

Estuvimos dos días montando fierros y ensayando posibles patrones con mangas plásticas descartadas que encontramos en el taller. Mientras tanto, manteníamos

5 Carolina Castro Jorquera, curadora, investigadora y doctora en Historia del Arte.

6 Javier Otero, artista visual y líder de experiencias y producción en Nube Lab.

7 Allí instalamos un atrapaniebla durante ocho meses y, al desmontarlo, llevamos las telas al mar para lavarlas con la misma sustancia que las había impregnado. Cargadas de sal, guardamos los fragmentos sin dejar huella. Fue la primera vez que levantamos algo de gran escala en un territorio —el desierto costero de la Región de Coquimbo— tratando de hacer con poco, usar con cuidado los recursos del contexto y dejarnos afectar por el paso del tiempo.

8 Martina Palominos, diseñadora, artista textil y fundadora de Mou Studio.

9 Inés González, artista visual y artista-profesora en Nube Lab.

conversaciones con Patagonia Chile y Bureo Inc. para conseguir NetPlus®, un tejido de alto rendimiento hecho a partir de redes de pesca recicladas que soñábamos vistiera la carpa. Pero en ese entonces, aún no teníamos certezas de que la donación se concretaría. Solo podíamos trabajar con lo que teníamos a mano.

Aun así, armarla y vestirla con ese plástico descartado fue un momento clave. Una maqueta a escala real. Nos permitió dimensionar su tamaño, imaginar cómo se vería recubierta de tela y empezar a verla como un dispositivo, como un escenario. Ese fue el momento en que dejó de ser solo una idea. El render —aquella representación creada por software— es una herramienta preciosa, especialmente cuando la hace Vicente, y aunque nos acerca a lo real no da certezas de lo posible, solo ayuda a encaminar mejor los sueños.

Con Carola nos conocíamos desde los tiempos del atrapaniebla, y veníamos compartiendo lecturas, conversaciones y desvíos sobre arte y cuerpos de agua. Muchas de esas ideas ya habían comenzado a desarrollarse en lo que luego sería el libro *Majamama*¹⁰, pero algo me decía que esta vez necesitaba más que una conversación: necesitaba su mirada.

El 29 de enero, le escribí un correo que comenzaba sin rodeos:

¹⁰ *Majamama*, de Paula de Solminihac, con textos de Carla Pinochet, Céline Fercovic, Cecilia Fajardo-Hill, Carolina Castro Jorquera y Catalina Mena. Santiago, Ediciones Nube, 2024. 209 págs.

El libro despliega una reflexión en torno al “hacer-pensar” como modo creativo que entrelaza cuerpo, pensamiento y relaciones con el entorno. A través de relatos propios y voces de mujeres vinculadas al arte, se proponen formas orgánicas y no lineales de conocimiento, en diálogo con la vida cotidiana y los procesos materiales.

Para **Carolina Castro Jorquera**

Asunto **Requiriendo acompañamiento curatorial.**

Carola,

Como verás desde el asunto de este correo, estoy requiriendo acompañamiento curatorial.

Lo bueno es que venimos conversando y deambulando juntas hace tiempo, validando la desorientación como una práctica de búsqueda. Como te conté, este año se van a consolidar muchas de las acciones que han emergido de ese mar de ideas compartidas.

Propósito general: explorar las relaciones entre arte y ecología. Más específicamente, cómo el arte contemporáneo establece diálogos y respuestas frente a la crisis medioambiental. Creo que el arte puede generar valor estético, social y económico, pero estas capacidades han sido subvaloradas o restringidas. Me interesa expandirlas, amplificando sus efectos y beneficiarios.

En función de eso, quiero hacer cuatro cosas concretas:

1. Exposición en marzo: en el taller de unos amigos artistas, con cinco cuadros “bonitos” y un avance en barro crudo del arrecife que hundiremos en Las Cruces. Quiero invitar a coleccionistas a comprar esas obras para financiar las acciones posteriores, cambiando la lógica de valor desde el arte como producto hacia experiencias de arte social.
2. Lanzamiento del libro Majamama: en el marco de esa exposición.
3. Hundimiento del arrecife en mayo: documentar el proceso y producir una pieza audiovisual colaborativa —algo bello, con artistas de música y animación, no un documental clásico, sino una creación más libre, con textos en off. Un poco Donna Haraway, pero en video. Algo que podamos “pescar” a fin de año.
4. La carpa de la medusa: fase final, con vocación popular y colectiva. Tiene apoyo de un fondo Corfo, pero aún falta financiamiento para la etapa inicial. Estoy evaluando hacer una versión con menos tecnología para viabilizarla. Esto sería en diciembre de 2024.

Antes de eso, quiero hacer circular el proyecto. Me gustaría, por ejemplo, hablar con Cecilia Alemani e intentar llevar la medusa al High Line Park.

Necesito trabajar contigo para tejer y ordenar todo esto. Ojalá puedas acompañarme.

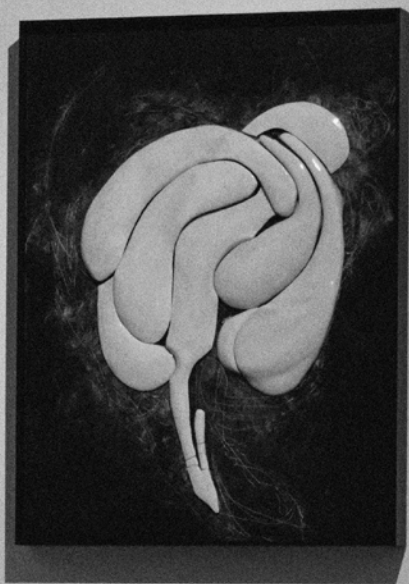
Un abrazo,
Paula



Era una invitación, sí, pero también un gesto de confianza. Un pedido de auxilio curatorial. Sumarla al equipo que ya veníamos conformando con la Consu —donde imaginar, pensar, leer y modelar— fue una de las decisiones más acertadas del proceso.

El último día de ese verano se inauguró Juegos Nocturnos en 550, —un espacio autogestionado por artistas en Santiago—. Esa fue la primera exposición pública de las medusas —la inicial en una serie de acciones que culminarían con la carpa— y también el primer gesto curatorial compartido con Carola. La muestra reunía cinco pinturas en cerámica y encáustica que representaban formas de medusa. Junto a la exposición, presentamos un texto íntimo que compartía mi aproximación al asunto: desde aprender a bucear y los dilemas del lenguaje, hasta el placer de los cuerpos en movimiento, y el aprecio por lo desconocido.

Quise que la exposición se activara como una fiesta. Esa noche, en el taller de unos amigos, compartimos comida, música y conversación alrededor de estas obras. El evento coincidió con el final del verano, y ese cruce entre estación, arte y celebración me permitió plantear otra forma de circulación simbólica: más colectiva, más afectiva, más libre. Y que culminó con el lanzamiento de *Majamama*, como declaración de una manera de aproximarse al conocimiento: diversa y divergente, física, afectiva, espiritual. Femenina, en muchos sentidos.



19 de diciembre 2024

El 19 de diciembre fue un día memorable para todos los que estuvimos ahí —y fuimos muchos. Era el día en que *La carpa de la medusa* saldría por primera vez del taller de Nube rumbo a su instalación en la playa Chica de Las Cruces.

Esa mañana partimos con todo ensayado. Revisamos la planificación, la lista de materiales, los cronogramas. Nos subimos al auto con la Consu, el Javi y la Cami¹¹. Elegimos la playlist y nos pusimos en modo viaje.

Pero antes de salir de Santiago, Migue¹² nos llamó desde el taller de Nube: la cabeza de la medusa —o, como la llaman los biólogos marinos, su umbrella— hecha de fierro, no cabía en el camión. El equipo de traslado ya estaba ahí, y no había forma de subirla. Nos orillamos al costado del camino, nos miramos, y empezamos a buscar soluciones. Llamamos a amigos, conocidos, conocidos de conocidos. Tuvimos suerte: Javi contactó a Daniela Compagnon, quien tiene “Flete Arte”, un servicio de traslado especializado en obras de arte. Dani aceptó ir al taller a buscar la umbrella de fierro con su pequeño camión de plataforma abierta y llevarla a la playa. El resto de la estructura salió en el camión que ya habíamos contratado.

Ya en Las Cruces, nos encontramos con Inés y Alli¹³. Inés estaba a cargo de varios aspectos de la producción de la medusa, mientras que Alli se encargaba de registrar esos momentos que, más tarde, nos ayudan a recordar lo esencial. Ellas habían viajado en bus y nos esperaban para ir juntas al ECIM, donde dormiríamos los próximos días.

Ese lugar, la Estación Costera de Investigaciones Marinas UC había sido parte del proyecto desde el principio. Fue allí donde comencé a conversar con Alejandro Pérez-Matus, el responsable tras la entrevista sobre la depredación de los bosques de algas en Chile, y quien me sumergió en ese mundo, que pronto se volvió este mundo. También fue allí donde conocí a la Cele¹⁴, científica y coordinadora

11 Camila Romero, diseñadora Integral y líder de diseño y gestión de marca en Nube Lab.

12 Miguel Maira, artista visual, carpintero autodidacta y coordinador de taller y recursos en Nube Lab.

13 Allison Conley, artista visual y encargada del registro fotográfico y audiovisual en Nube Lab.

14 Celeste Kroeger Campodónico, bióloga marina y magister en biodiversidad marina y conservación. Ha dedicado su carrera a la comunicación de las ciencias y la educación marina.

del programa Chile es Mar en ECIM, quien terminó convirtiéndose en una aliada clave: alguien capaz de combinar el rigor y el afecto de la investigación con una profunda vocación educativa. El ECIM se transformó en una especie de hogar: nos abrió su laboratorio, nos acogió con su gente y su cariño. Allí grabamos la pieza audiovisual que más tarde proyectaríamos en la carpa.

Después de dejar nuestras mochilas, fuimos a la playa a esperar a la medusa. Dani y Migue seguían en Santiago, en el taller de Nube, lidiando con el peso y las dimensiones de la umbrella de fierro. Dani comenzaba a dudar si realmente podría cargar esa estructura. Imaginarlos a los dos intentando subirla al camión —asegurándola con cuerdas, listones de madera y cintas de seguridad— era imaginar una hazaña. Pero finalmente lo lograron. A eso de las cinco de la tarde, Dani partió rumbo a Las Cruces, manejando lento y con mucho cuidado.

Mientras tanto, ya sentadas en la arena, no nos quedó otra que esperar. A la escena se sumaron Oscar, Lucho y Juanito, el equipo de constructores que conocí hace más de diez años, cuando arreglaban mi casa, y que con el tiempo, se han ido convirtiendo en parte esencial de Nube. Son de esas personas que resuelven con lo que hay, con buen humor y sin miedo a la improvisación. Siempre encuentran la forma. Estábamos allí, conversando, tomando cerveza, mirando el mar y esperando que llegara la cabeza. Y en eso, Inés —quien también había estado a cargo de coordinar los detalles finales de la tela y las cuerdas— me dice, con calma:

—Creo que se me quedó la tela que cubre la cabeza.

—¡No! —fue lo único que se me ocurrió decir.

Ese imprevisto no cabía en mi mente. Era tarde, estábamos muy retrasados y no había margen de error. Según el ensayo de montaje que habíamos hecho en Nube la semana anterior, nos tomaría al menos ocho horas levantar y vestir la estructura. No había tiempo para fallar.



La vestimenta que diseñó Marti está compuesta por seis piezas —gajos, como nos gusta llamarlos, porque se acomodan como los de una naranja— que forman la umbrella —o cabeza— y otras nueve piezas que conforman el cuerpo de la medusa —o, según los biólogos, sus brazos orales. Corrimos al auto a revisar el bolso con la ropa de la medusa. Empezamos a sacar las partes. Qué felicidad fue ver que, efectivamente, los gajos estaban ahí. Pero al contarlos, algo no cuadraba. Solo habían cinco. Contamos una, dos, tres veces. No podíamos creerlo. Faltaba un gajo: una pieza de no más de 150 x 200 cm. Sin ella, la medusa era como una sonrisa a la que le falta un diente.

Pasadas las ocho de la noche, con el sol escondiéndose detrás del mar, vimos aparecer el camión de Dani por la avenida Errázuriz, bajando lentamente con la cabeza de la medusa parada en vertical y amarrada con precisión a la plataforma del camión —que era más pequeño de lo que habíamos imaginado—. Todos nos sorprendimos ante la proeza. Era una entrada triunfal.

Pero la alegría de la llegada fue rápidamente suspendida por el desconcierto del gajo faltante. La culpa se instaló en el rostro de Inés mientras intentábamos reconfortarla, y pensar en posibles soluciones. Volvimos a llamar a Migue —que es ese tipo de personas que siempre está dispuesto a todo, con amabilidad— para preguntarle si estaba en el taller y podía revisar si el gajo restante había quedado allá. Pero era 19 de diciembre y la Navidad empujaba el calendario: Migue estaba armando el árbol con su sobrina en Estación Central, y el taller de Nube en La Reina. Luego llamamos a la Carola, que saldría desde San Felipe a las 6:00hrs del día siguiente, por si pudiera pasar por Santiago a buscar el gajo faltante en caso que apareciera. ¡Aún teníamos esperanzas!

Media hora más tarde, nos llamó Migue:
—¡La encontré! Está en Nube. Voy en camino.

La culpa se transfirió a todo el resto. Era tarde, y nadie podía creer que Migue realmente fuera a salir a esa hora

rumbo a la playa. Intentamos disuadirlo, pensar en otras opciones, barajar otros planes. Pero Migue fue claro:

—Hemos trabajado mucho en esto como para fallar en algo así.
Y colgó.

Con la cabeza —la gran umbrella de fierro— por fin en la playa, ya podíamos comenzar a levantar la estructura general. Este acto tiene su encanto. A la umbrella se le acoplan tres pilares de soporte, que le dan altura y sostienen el cuerpo flexible de la medusa. Luego, con todo el esqueleto acostado sobre la arena, se amarra una cuerda larga a la base de la umbrella. Y entonces, todas y todos tiramos al mismo tiempo para ponerla de pie. Una acción simple, colectiva, casi ceremonial.

Ya caía la noche. Tatiana Orellana y José Miguel, del Departamento de Cultura de la Municipalidad de El Tabo, junto a la Cele y Eloisa Garrido del ECIM, habían estado ahí toda la tarde, atentos a todo lo que ocurría. Ahora los veíamos moverse por la playa, consiguiendo linternas, luces portátiles y ropa abrigada para pasar la noche. Era una movilización afectiva y colaborativa en torno a algo blando. La playa se preparaba para pasar la noche despierta.

Empezamos a vestir a la medusa. Teníamos un andamio que se enterraba en la arena, una escalera insuficientemente larga, y muchas ganas. Inés lideraba el acto de vestir: sabía qué pieza iba en qué parte, cómo se amarraba cada gajo, cómo debía dar vuelta la tela. Pero el entusiasmo no compensaba la falta de herramientas. No había equipamiento suficiente para todos, así que cada quien buscaba su forma de aportar: colocando amarras, sosteniendo estructuras, cargando peso, abrigando a otros, contando chistes para espantar el cansancio.

Eran cerca de las diez de la noche cuando apareció el Ale¹⁵ en la playa, junto al equipo de biólogos marinos-buzos del ECIM. No podían creer lo que se alzaba lentamente en plena arena. Con él había compartido



15 Alejandro Pérez Matus, ecólogo marino y director del Núcleo Milenio NUTME. Su investigación se centra en en ambientes marinos submareales templados y semitropicales del Pacífico Sur.



tantas conversaciones especulativas —siempre dispuesto a responder mis preguntas curiosas sin pedir grandes explicaciones—. Caminaba alrededor de la estructura con asombro e incredulidad.

—¡Nunca pensé que sería tan grande! —me repetía mientras recorría la medusa, deteniéndose en cada detalle.

Estábamos compartiendo esa felicidad —la del asombro ante la criatura que emergía— cuando alguien advirtió que nos faltaban amarras plásticas. ¿Cómo podía ser? Recordé que en un ensayo previo me había entrado el miedo al viento —un factor real en la playa— y le pedí a Marti que redobláramos el número de ojettos para asegurar mejor la tela a la estructura. Esa modificación, sin embargo, nunca se reflejó en la planilla de materiales. Así de simple. Y sin amarras, no podíamos fijar las telas al esqueleto de hierro. Mientras algunas de las chicas improvisaban amarras con pitilla, el equipo del ECIM —Ale, Bea y Tuto— dijeron sin dudar: “Vamos a buscar lo que tengamos en el laboratorio”. Eran las diez de la noche, el laboratorio estaba cerrado, pero allá partieron. Volvieron poco después, cargados con todas las amarras plásticas que pudieron encontrar, las mismas que usan en sus investigaciones diarias. Otra emoción colectiva, inesperada y feliz.

Con Tuto y Bea ya nos conocíamos de antes, en uno de esos intentos de construir vínculos a través de procesos creativos especulativos. A mediados de 2024, se habían ofrecido —a petición del Ale— para ayudarme a hundir en las profundidades del océano un “arte experimental para peces”: trece lulos de cerámica pensados para funcionar como un arrecife, una estructura para la conformación de un hábitat submarino. Eran los restos de aquella investigación inicial sobre los bosques de algas que luego mutaría en las medusas, y en este proyecto. Un sábado de agosto partimos juntos a Algarrobo a hundir las piezas en un punto de observación submarino que el ECIM monitorea mediante sensores ambientales. Durante esa operación, Bea, entre risueña y desconcertada, anotó en su bitácora de terreno: “Hundimiento de lulos”, en un intento de darle

forma a algo que escapaba de cualquier procedimiento habitual. Después comimos pizza, compartimos historias y nos hicimos amigos.

Por eso, cuando —en medio de la noche y la playa— los veía sorprendidos ante la medusa, sentía que, de alguna forma, ya se habían acostumbrado a hacer cosas raras cuando yo llegaba. Y aunque parezca un desvío en esta historia, creo que vale la pena detenerse en este punto. Esa noche entendí algo que ya venía intuyendo: que la especulación con la punta de los dedos —es decir, esas pequeñas acciones nacidas de la conversación, de conocerse primero desde lo humano y luego desde lo profesional, dejando el proyecto o el resultado para el final— permite forjar vínculos distintos. Vínculos que habilitan la creación de sentidos compartidos de manera natural, sin forzarla.

Después de que el equipo del ECIM me vio aparecer en sus laboratorios en reiteradas ocasiones—siempre con el Ale pidiéndoles ayuda para pequeños experimentos o ideas raras—, lo raro había dejado de ser raro. Se había transformado en otra cosa: en esa excitación genuina que sentimos los artistas cuando creamos con lo desconocido. En esos rostros de sorpresa, y en esa disposición generosa —como salir en plena noche a buscar amarras plásticas—, había algo más: compromiso y entusiasmo por ver cómo una idea, nacida en la especulación, se volvía real.

A las once de la noche vimos aparecer el auto de Migue en la costanera. Había llegado. Logré registrar en video el momento exacto en que bajó a la playa, con el gajo faltante colgando del cuello como si fuera una capa, mientras Inés corría a su encuentro. Se abrazaron en medio de los aplausos y risas del equipo que seguía trabajando alrededor de la medusa. Fue una escena de película. Venía vestido para el calor de las noches santiaguinas: short, camisa a rayas, sin abrigo. Su plan era solo entregar la tela y volver, pero al ver lo atrasados que estábamos —y gracias a esa disposición generosa que siempre lo acompaña— se quedó. Alguien le pasó un polerón, y sin más, se unió al montaje. Migue se

quedó hasta la tarde del viernes, compartiendo, apoyando, y guiando las experiencias educativas en ese rol que tan bien sabe ejercer: el de artista-profesor.

Cerca de las dos de la mañana, alguien —con buen juicio y en nombre de todos— decidió que era hora de que algunos se fueran a dormir. La programación comenzaba a las seis y necesitábamos llegar con algo de energía. Así que dividimos el grupo: una parte se fue a descansar al ECIM, mientras el resto nos quedamos en la playa, decididos a terminar. Y lo hicimos. A eso de las cuatro de la madrugada, la medusa estaba completamente armada, vestida y en pie. Javi había encontrado a dos guardianes improvisados —habitantes nocturnos de la playa— para cuidar la medusa durante lo que quedaba de noche. Tati y José Miguel, del Departamento de Cultura de la Municipalidad de El Tabo, también se quedaron con nosotros hasta el final: otra muestra de esa mezcla preciosa de entusiasmo, compromiso y generosidad que marcó toda la jornada.

Partimos al ECIM buscando descansar, o al menos salir de la playa. Me duché, me puse el pijama y estoy segura de que incluso alcancé a soñar. Dos horas después sonaba el despertador. Y mientras me obligaba a levantarme, no podía evitar pensar: ¿de quién había sido esa idea tan mala de empezar la programación proyectando el video a las seis de la mañana? Pero ya estaba decidido. Desde el principio, cuando empezamos a idear y dibujar el proyecto con Vicente y Consu, habíamos imaginado que el día comenzaría con esa escena: la medusa iluminada por la video proyección en el crepúsculo matutino. El dibujo mandaba. Esa imagen dio forma al programa, que luego se comunicó y se mantuvo hasta el final. A pesar del sueño y el cansancio, esa mañana íbamos a cumplir la promesa que habíamos dibujado.











20 de diciembre 2024

Podría decir que aquel viernes 20 de diciembre comenzó a eso de las seis de la mañana, cuando desperté. Aunque las 00:00 hrs ya habían pasado entre risas, amarras plásticas y el abrazo de Inés y Migue. Lo cierto es que, para nosotros, el equipo, fue solo una continuación: más liviana, más luminosa, del día anterior.

Cuando volvimos a la playa, el cielo apenas clareaba. Y ahí estaban ya: una abuela, su nieta y una canasta de picnic. Habían llegado puntuales, curiosas, expectantes por la primera proyección de video en *La carpa de la medusa*. Con ellas comenzamos el día. Mientras preparábamos los equipos, otras personas se fueron sumando: tres hombres, dos niños y un perro.

La proyección falló. No vale la pena detenerse en los detalles técnicos. Compartimos unos sándwiches que la abuela traía en su canasta y hablamos de medusas. La nieta, con una curiosidad infinita, nos preguntó si también podríamos hablar de otras cosas. Hablamos de cangrejos, y del coral que tenía en las manos. Y luego, como si supiera exactamente qué hacer, nos invitó a todos a dibujar una medusa gigante en la arena. Con ramitas, con los pies, con los dedos. Dos medusas gigantes ahora convivían en la playa.

La mañana siguió avanzando con su ritmo propio. Los dos niños, entre cinco y ocho años, se bañaban en bodyboard a eso de las siete y media. La playa comenzaba a llenarse. Vimos abrir los kioscos: cómo se colgaban las redes de pelotas, se instalaban los quitasoles, se alineaban los baldes y las palas.

Después de esa escena de aperturas, teníamos un poco de tiempo antes de que comenzara la programación formal del día. Volvimos al ECIM. Tomamos café en cantidades desmesuradas y reímos con la energía contagiosa que solemos llevar con nosotros. En Nube decimos que la risa, la energía y el optimismo son parte de nuestro método,





aunque no siempre lo nombramos así. Pero esta experiencia vino a recordárnoslo: esas también son capacidades creativas. No sé si se estudian en manuales, pero sin duda son un sello, una manera de estar juntos en los procesos, y de compartir el hacer con otros.

La programación del 20 de diciembre comenzó a las 11:00 hrs. Pero este día no fue un evento aislado: fue el resultado de un proceso de encuentros y colaboración que se extendió durante los meses previos, gracias al trabajo conjunto con vecinas, mariscadoras, artesanas, científicas y gestoras del litoral de Las Cruces.

Las actividades del día surgieron directamente de esa trama. Durante la jornada se llevaron a cabo conversaciones, lecturas, talleres y demostraciones que, desde distintas disciplinas y sensibilidades, nos invitaron a mirar el mar, la ciencia, la creación y la vida cotidiana con otros ojos.

Por la mañana escuchamos anécdotas de quienes habitan el territorio, y hasta analizamos el mito de la medusa desde una mirada compartida entre generaciones. Por la tarde, niñas, niños y familias se reunieron a jugar con un mazo de cartas que emparejaba especies marinas con sus formas larvarias. Luego, con lupas y microscopios, observaron conchitas y pequeños organismos marinos, para después intentar dibujarlos imaginando como si fuéramos diminutos o como si esas criaturas fueran gigantes. Más tarde, la Mesa de Artesanos Culturales de El Tabo, llegó hasta la carpa con obsequios para la medusa: creaciones confeccionadas con sus propias técnicas e inspiradas en este enigmático ser marino.

Hasta que llegó el atardecer. Mientras esperábamos que se escondiera el sol y oscureciera, pusimos música. Con ese letargo que da el final del día en la playa, escuchar canciones y tomar cerveza bajo la luz tibia del atardecer nos trajo una felicidad plena. En ese estado, con una canción de Gepe sonando de fondo, nos miramos y dijimos:

—Acá debería estar Gepe, tocando en la carpa.





Lo dejo consignado porque, si algún día sucede, será un pequeño triunfo de la imaginación. Pensar algo, decirlo en voz alta y compartirlo entre amigos —reírnos, ilusionarnos, proyectarlo sin vergüenza— es una práctica que en Nube cultivamos con cariño. A veces basta con eso para que una idea eche a andar.

Con la playa ya oscura, llegó el momento de la videoproyección inmersiva. La pieza audiovisual fue creada por Ana Edwards y musicalizada por Aníbal Bley especialmente para este proyecto. Y aunque el video no duraba más de diez minutos, la sensación colectiva que generó me resulta difícil de describir, pero haré el intento. Las imágenes envolvían el interior y exterior de la carpa: formas marinas, escenas del fondo submarino y de la playa de Las Cruces, mezcladas con dibujos de mis cuadernos, todos flotando al ritmo de una música suave e intrigante. Cuando terminó la proyección la reacción fue inmediata:

—¡Otra, otra!
Querían verlo de nuevo.

Y ante la sorpresa, no lo dudamos. La segunda proyección no perdió su magia. Unas cincuenta personas permanecieron alrededor de la medusa, atentos a cada imagen, grabando con sus teléfonos, sacando fotos, buscando —sin éxito— la música en Shazam. Al finalizar, nadie quería irse. Volvimos a poner música y las personas simplemente se quedaron, flotando en esa atmósfera que habíamos creado juntos.

A veces olvidamos el poder que tiene el arte para emocionar. Lo tenemos descuidado, relegado, como si solo tuviera valor cuando viene cargado de ideas y conceptos. Pero esa noche fue otra cosa. Esa gran medusa vaporosa proyectaba imágenes y sonidos sobre su cuerpo, y por un momento todos los que estábamos ahí vimos la vida sutilmente desdoblada: vimos la playa, el mar, la realidad, y esa capa sensible que el arte le añade, como un velo emocional. Como si el arte nos permitiera ver la vida cotidiana ligeramente desplazada, con más atención, más asombro, más belleza. Veíamos lo real y, al mismo

tiempo, su reflejo poético. Lo concreto y lo imaginado, simultáneamente. Y esa experiencia —efímera, tenue, colectiva— fue profundamente inolvidable.

Lloramos y nos abrazamos. Estábamos agotados, pero felices. Por ahí andaban el Ale, su hija Violeta, sus perros, el equipo del ECIM y del Departamento de Cultura de la Municipalidad de El Tabo. Salimos a comer, a tomar algo, y finalmente a dormir.

El camión partió de regreso a Santiago y nosotros comenzamos a despedirnos, uno a uno, de nuestros nuevos —y ya entrañables— amigos de Las Cruces: José Miguel, Tatiana, Celeste, Ale, la señora del quiosco, el señor de los helados y provisiones. Nos reímos un poco más, todavía con ese sentimiento de orgullo e incredulidad flotando entre nosotros. Después fuimos a almorzar al Nobel, en Isla Negra, el restaurante de Pablo Zamora, con quien estábamos empezando a construir una amistad. Ahí, en esa terraza perfecta, tratamos de ordenar todo lo que había pasado, sacamos nuestras libretas etnográficas y empezamos a anotar: las mejoras necesarias, los cambios por hacer, las conversaciones pendientes. La cabeza de la medusa —la gran umbrella de fierro— era lo primero que había que repensar: ¿cómo volverla más compacta?, ¿cómo diseñar un mejor sistema de armado?, ¿con quién debíamos hablar?, ¿qué queríamos hacer después? Fue un momento de mezcla perfecta entre emoción y razón, ese raro equilibrio que aparece cuando uno está feliz, pero aún piensa en cómo hacerlo mejor.

Al llegar a Santiago, nos despedimos con un gran abrazo, agotados. Aún recuerdo esa sensación de estar “para adentro”. En ese estado en que una está atravesada por lo vivido: pensando en lo hecho, con incredulidad y sonriendo, porque lo que ocurrió sigue latiendo adentro.

Esa misma tarde, en mi casa, comencé a escribir esta historia.





Lecciones

Paula de Solminihac
Consuelo Pedraza

Este *Diario de Playa* es el archivo de una transformación. Si la primera parte relató el proceso creativo y su capacidad de transformar una idea en una medusa gigante. Esta segunda parte propone un nuevo giro: transformar ese proceso en lecciones para compartir.

A lo largo del proyecto, aprendimos de las medusas, pero también del mar, del territorio y de las personas que lo cohabitan. Esta sección toma todos esos aprendizajes — revuelto de intuiciones, afectos y pensamientos— y los traduce en cuatro capítulos que funcionan como entradas a lo que llamamos una actitud medusa: una manera de aprender desde el cuerpo, desde el asombro, desde la relación con lo que nos rodea. Cada capítulo arranca desde una intuición, una anécdota o pensamiento y la convierte en una propuesta educativa diseñada para ser implementada en escuelas locales y extender esa actitud medusa a través de la educación. Asimismo, comparte con con quien lee algunas recomendaciones para poner esa actitud en práctica en lo cotidiano.

Estas lecciones se encuentran en distintos momentos de desarrollo: dos ya fueron implementadas en escuelas de la zona, una está en fase de prototipo y otra aún se está gestando. Ahora te invitamos a sumergirte en estas lecciones y apropiartelas, recrearlas, adaptarlas y prolongarlas.

ACCORDING TO THOREAU,
COSMOS TAUGHT HIM THAT
THE COLLECTION OF
INDIVIDUAL OBSERVATIONS
CREATE A PICTURE OF
NATURE AS A WHOLE,
IN WHICH EACH DETAIL
WAS LIKE A THREAD
IN THE TAPESTRY
OF THE NATURAL
WORLD.

FUTURE IS HANDMADE

TACTILE

medium

Quinn

paper

vapor

papa

at 20 May lightning

La machine un
van s'arrête
sur l'eau

mentral she
raised for me
tentacles

de l'uran
trans
s'élève

1. Aguas vivas: formas carposas y volatinosas

*“Tentáculo” viene del latín tentaculum, que significa “antena”, y de tentare, “sentir”, “intentar”.*¹⁷

En mayo de 2021 leí una entrevista a Alejandro Pérez-Matus sobre los bosques de algas del litoral chileno. No lo conocía, pero algo en sus palabras me hizo detenerme. Me pareció un paisaje fascinante y, a la vez, completamente desconocido. No podía creer que bajo el océano existieran grandes y frondosos bosques, y que —al igual que los terrestres— sostuvieran ecosistemas completos: formas de vida que se alimentan, se refugian y se entrelazan entre sí.

Le escribí ese mismo día:

“Cuando leí sobre los bosques de algas, vi un horizonte hermoso e inexplorado. Una vez más, me encontré con esas lógicas que tanto me atraen: ‘como es arriba, es abajo’. Me encantaría saber más. ¿Tendrás tiempo para una conversación virtual?”

Me respondió de inmediato. Le entusiasmaba la mezcla entre arte y ciencia, y me compartió algunas pistas de proyectos afines. Después de varios intentos fallidos para coincidir, nos encontramos un día a almorzar en Las Cruces. Ahí le dije: “quiero aprender a bucear”.

Esa frase terminó marcando el inicio de este proyecto. Querer bucear era literal —sumergirme en el mar—, pero también era otra cosa: una manera de mirar el mundo desde otro lugar. Mirar lento. Mirar sin entenderlo todo. Sumergirme en un mundo de formas extrañas, que de algún modo ya habitaban en mí. A partir de ese encuentro —con los bosques y con Ale—, una imagen empezó a emerger. Formas suaves, blandas, fluidas, carposas y volatinosas. Esto me llevó a una pregunta que atraviesa muchas de mis inquietudes: ¿cómo reconocemos una forma antes de saber qué es?

17 Donna Haraway. Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno, trad. Helen Torres (Bilbao: Consonni, 2019), 61.

A veces nos sentimos atraídos por formas y no sabemos porqué. Solo sentimos que hay algo ahí. Una atracción. Las imágenes mentales pertenecen a un mundo donde la racionalidad del discurso —las palabras— todavía no llegan. Y nuestra única forma de acercarnos a ellas es a través del juego de semejanzas y asociaciones.

Y las formas atraen a otras formas, aunque no exista una semejanza de antemano. Es un proceso interno que construye vínculos entre lo que vemos afuera y lo que ya está en nuestro interior. Vemos una forma en el mundo —un bosque de algas quizás— y, sin saber por qué, nos interesa. Nos recuerda algo. Nos invita a mirarla más. Conecta con algo dentro de nosotros. La intuición se activa y toma el mando. Ese momento —mudo, sensible, inquieto— es, muchas veces, el germen de una búsqueda creativa.

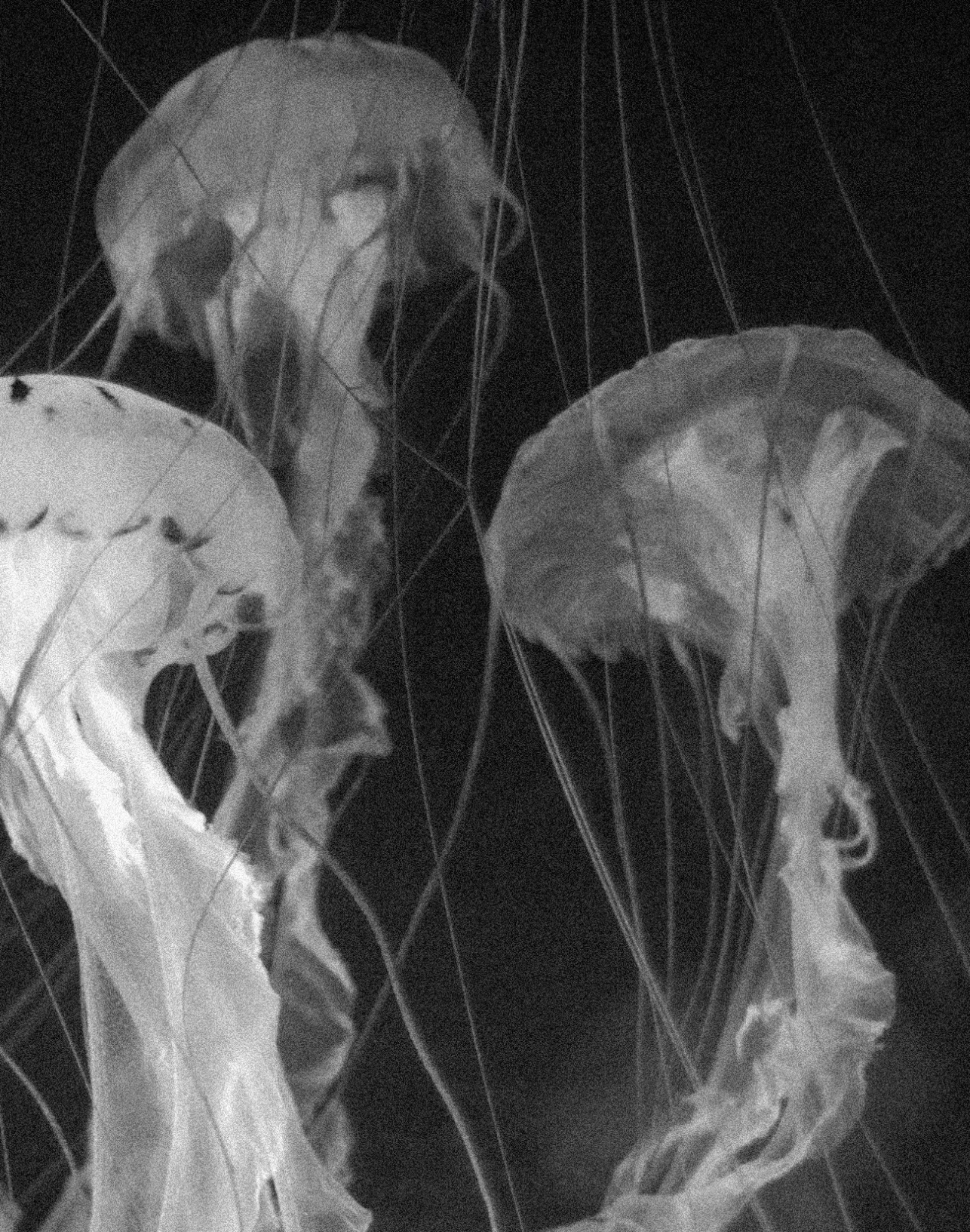
Para poder asir una imagen latente —esa forma inconclusa que nos ronda— hay que observar con atención aquellas resonancias. No mirar para entender qué es o para qué sirve, sino observar liberando lo que vemos de su contexto funcional. Desprenderlo de su utilidad. Solo así podemos reconocer, en esas formas cotidianas, los ecos de esa imagen. Porque muchas veces, lo que buscamos ya está ahí, a la vista. Pero hace falta suspender el juicio y mirar con otra disposición: sin nombrar, sin clasificar, dejando que la forma “nos hable”.

Y luego, para integrar ese momento de observación sensible, necesitamos dibujar. El dibujo aparece como una herramienta para fijar, pensar y continuar el diálogo con la imagen mental. Tiene algo que la fotografía no puede ofrecer: tiempo y decisión. Cuando dibujamos, no solo representamos lo que vemos: lo interpretamos, lo sintetizamos, lo hacemos pasar por nosotros. Decidimos qué registrar y cómo. Eliminamos lo que consideramos irrelevante y completamos lo que falta desde nuestra memoria, nuestras experiencias, nuestras formas de pensar. Y es que, dibujar es una forma de pensar. Pero un pensamiento que pasa por la mano, por el trazo. Por eso, incluso los bocetos más simples pueden ser intensos: no porque reproduzcan la realidad, sino porque la interpretan subjetivamente. Dicen “esto me importa” y también, “yo estuve ahí”.

Para poner en práctica:

Coleccionar y compartir formas es una manera de activar el proceso creativo. Formas que nos inquietan y nos rondan. A veces aparecen como una foto, una noticia, un objeto cotidiano, un dibujo, un cachureo encontrado en la calle. Por eso las y los artistas observan, dibujan, coleccionan, exhiben esos hallazgos en sus talleres, hacen exposiciones, y vuelven una y otra vez a lo mismo: variaciones de una figura que los persigue. Porque al observar, dibujar y hacer, pareciera que intentamos descubrir lo que las formas esconden –su misterio– más allá del uso o función que se les ha dado. Y es ahí, en ese ir y venir sobre una misma imagen, donde se produce un tipo de conocimiento: uno que no siempre se dice con palabras, pero que se construye con la intuición, la repetición y el deseo de mirar más allá de lo evidente.





Actividad educativa: El pincel de la medusa

Las medusas existen desde hace más de 600 millones de años, siendo uno de los organismos vivos más antiguos del planeta. Su cuerpo, blando y gelatinoso, está compuesto en un 95 % por agua, lo que les permite flotar con facilidad. No tienen cerebro, corazón ni pulmones, pero sí un sistema nervioso simple que les permite percibir el entorno y reaccionar a él.

Se desplazan combinando dos tipos de movimiento: uno pasivo, en el que se dejan llevar por las corrientes marinas —o incluso por el viento, en el caso de algunas especies afines—, y otro activo, generado por contracciones rítmicas de su cuerpo. Este segundo movimiento funciona como una especie de propulsión a chorro: la medusa comprime su umbrella para expulsar agua, y ese impulso la hace avanzar.

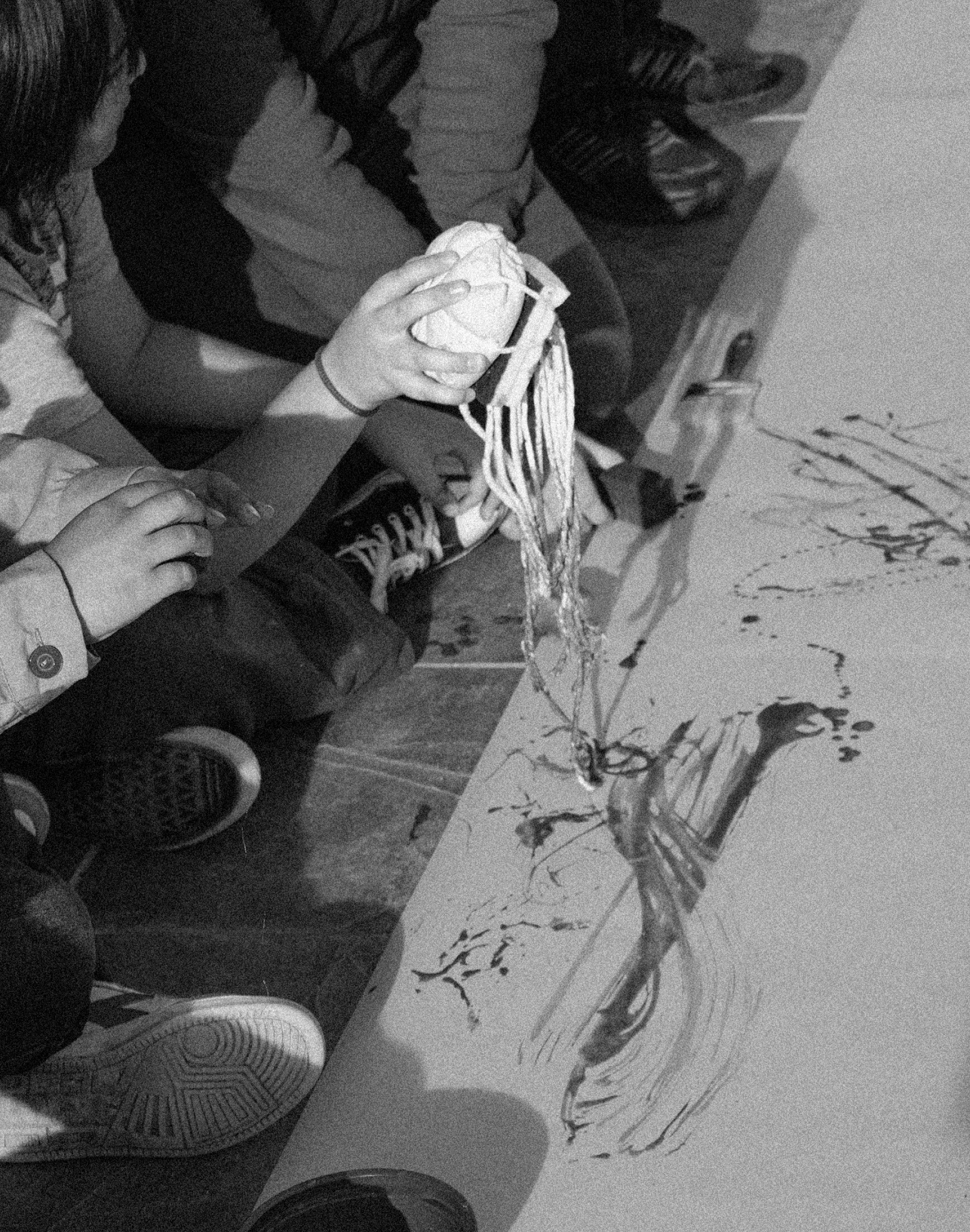
A pesar de su aparente fragilidad, las medusas han sobrevivido a enormes transformaciones del planeta. Su forma de vida encarna una inteligencia adaptativa: cohabitan sin imponerse, se acomodan al entorno, responden al movimiento del mar. Por eso, además de ser fascinantes desde la biología, son también una fuente de inspiración para pensar otras maneras de estar en el mundo: más suaves, más flexibles, más conectadas con lo que nos rodea.

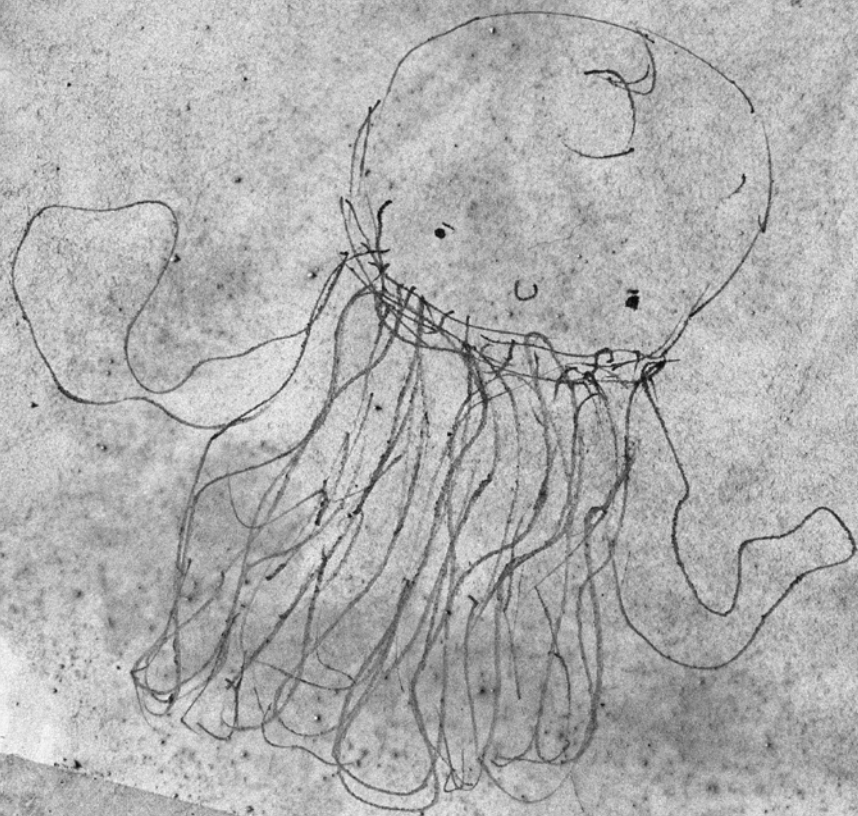
“El pincel de la medusa” es una actividad dirigida a estudiantes de 3° a 6° básico que invita a pensar con las manos —o tentacularmente. Su objetivo es generar una experiencia de exploración sensorial, lúdica y creativa a través de la figura de la medusa. Para ello, se utilizan materiales cotidianos —yeso, cuerda, esponjas y calcetines— para construir un pincel con forma de este organismo ancestral: la umbrella se transforma en la empuñadura del pincel, mientras que sus tentáculos se convierten en los pelos que van dejando un trazo en la superficie. Con esa herramienta en mano, la invitación es

a pintar y dibujar “como si fuéramos medusas”, explorando otros repertorios de movimiento y formas de expresión.

Más que aprender sobre medusas, esta propuesta busca aprender con ellas. ¿Qué nos enseña su suavidad, su modo de flotar, su capacidad de cohabitar el entorno sin imponerlo? Al personificar una medusa, niñas y niños se conectan con un ritmo distinto: más lento, más fluido, más atento. Pintar como medusa es un ejercicio de empatía, imaginación y experimentación corporal. ¿Qué pasaría si yo fuera una medusa?, ¿cómo me movería?, ¿qué trazo dejaría en el agua? El acto de convertirnos en medusas a través de una herramienta—un pincel construido con sus formas— nos permite explorar otra forma de estar en el mundo: dejarse llevar, dejar un rastro, y aprender del movimiento mismo.

Esta actividad forma parte del primer ciclo de experiencias educativas de La carpa de la medusa. La versión completa, con sugerencias pedagógicas y orientaciones paso a paso, está disponible en www.nubelab.cl/recursos







2. El plancton: colectivos errantes

“Ser uno es siempre volverse con muchos”.¹⁸

“Quien acepta los pequeños asombros, se dispone para imaginar los grandes”.¹⁹

En diciembre del 2022, tuve la oportunidad de instalar una obra de gran escala en la playa de Miami en Estados Unidos. Se llamaba Morning Glory²⁰, como la flor, y consistía en un gran deck de madera semienterrado en la arena, que funcionaba como un espacio compartido. En él desarrollé un programa educativo con sesiones de jazz improvisado, ejercicios de respiración y talleres. Pero también ocurrieron cosas inesperadas: desfiles de moda espontáneos, bodas improvisadas, picnics familiares, niños en patines. La obra mutaba. Se abría al uso, a la ocupación, al juego.

Durante esos días, vi algo que se me quedó grabado: un hombre en silla de ruedas que cada mañana recorría la pasarela de madera hasta llegar, lo más cerca posible, al mar. El último día le preguntamos por qué volvía tanto. Dijo: “Nunca había estado tan cerca del mar”.

Ese gesto —mínimo, inmenso— me atravesó. Había algo en la simple posibilidad de estar ahí, de acercarse, de compartir un lugar, que resonó con conversaciones que ya veníamos teniendo en Nube. Desde hacía meses hablábamos de hacer un festival, de salir a la calle, de llevar el arte a las ferias libres, de inventar formatos artísticos populares. Al volver de Miami, compartí con el equipo esa anécdota y muchas otras. No era una idea todavía, era una simple historia, pero empezó a circular. A infiltrarse. Algo en esa imagen —la playa, el acceso, el estar juntos— comenzó a transmitir algo. Una intuición que se contagió rápido: la necesidad de hacer del arte una experiencia pública, situada, viva, y en la playa.

¹⁸ Donna Haraway, *When Species Meet*, University of Minnesota Press, 2008, p. 4. Frase original: “To be one is always to become with many.”

¹⁹ Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 143.

²⁰ Morning Glory es una instalación site-specific realizada en colaboración con el arquitecto Vicente Donoso, seleccionada por el Premio Faena de las Artes y presentada en Faena Beach durante la Miami Art Week 2022. Inspirada en la enredadera costera con el mismo nombre, conocida por su capacidad de adaptación, la obra propuso un espacio de encuentro y juego en la playa. Con plataformas de madera que evocaban sus hojas y flores.

Ese mismo verano, compartimos una comida en mi casa-taller con el curador estadounidense Dan Cameron y el artista chileno Gianfranco Foschino. Dan nos habló con entusiasmo sobre un nuevo espacio que comenzaba a tomar forma en Chiloé: la Capilla Azul²¹. La conversación derivó, naturalmente, hacia la música y el cine, esas formas de arte profundamente enraizadas en lo cotidiano: se escuchan en la micro, se proyectan en plazas, circulan por las calles. Artes que no necesitan permiso para existir, porque nacen y se comparten en su propio medio. Ese tipo de circulación —abierto, popular, sin mediaciones— venía a confirmar intuiciones.

Por esos días también empecé a bucear, y me sumergí —literal y creativamente— en un mundo de formas nuevas, extrañas, flotantes. Otra conversación fértil de ese verano fue junto a Vicente y la Consu, en la terraza de mi casa-taller. La idea de hacer algo en la playa ya se había dicho en voz alta y se había vuelto una convicción compartida. Hablábamos de una gran videoproyección en la arena, de un cine efímero al aire libre, de inventar un espacio que nos permitiera estar y crear de otra manera. Todo eso empezó a fermentar ahí, al calor del verano: las conversaciones, los encuentros casuales, las tardes largas. Como si la misma estación generara un caldo de cultivo para imaginar lo que aún no tenía forma.

Días después, me quedé rumiando esas conversaciones. A Vicente le escribí por WhatsApp:

“Oye, y me quedé pensando (para que quede en una masa reflexiva): que debiéramos pensar esta ‘cosa’ como algo que también pueda viajar más lejos... Difícil, pero no imposible soñar con costas de otras latitudes...”

Marzo, como siempre, comienza con un ritmo abrupto. Algo del polvo creativo en suspensión veraniego empezó a activarse; otras partículas viajaron a nuevos lugares, y algunas simplemente encontraron la gravedad. Con Vicente trabajábamos de noche —cada uno con sus obligaciones de día—, y esas horas nocturnas son terreno fértil para las ideas más libres. Una noche, mientras trabajábamos en el

21 La Capilla Azul es un espacio artístico y cultural ubicado en Chiloé, Chile, co-fundado en 2023 por Dan Cameron y Ramón Castillo. Se trata de un lugar íntimo ubicado en la zona rural de Contuy, comuna de Queilen, donde se realizan exposiciones que combinan obras de artistas visuales con artesanos locales. Fuente: Revista Artishock.

diseño de un mobiliario transportable para otro proyecto, comentamos cómo esta “cosa”, que ya comenzaba a tener forma carposa, podría tener un mobiliario similar. Vicente, entre risas, dijo: “el suave traspaso entre proyectos”. Otra noche, yo había hecho un dibujo para explicarle la idea de esta cosa carposa. En la pared del fondo de mi taller colgaba un afiche de medusas. Vicente miró el dibujo, luego el afiche, y dijo: “esto parece una medusa”.

Este tipo de proceso creativo-colectivo es algo que ponemos en práctica en Nube. Alguien lanza una idea. A veces nadie la recoge, y ahí queda: fermentando. Pero cuando alguien la toma y devuelve al grupo —con una referencia, una imagen, una palabra— algo se activa. El juego comienza. Las ideas circulan, se contaminan, se deforman, se enriquecen: cada quien aporta lo suyo. Lo importante es entrar en el flujo, devolver algo, seguir el hilo. En Nube ya no se escucha tanto eso de “no entiendo qué es esto”. Se trata de dejarse afectar y confiar. Algunas cosas flotan por un tiempo. Otras decantan. Porque es eso: un proceso creativo y colectivo.

Para poner en práctica:

Los procesos creativos colectivos muchas veces ocurren en los márgenes: en una conversación informal, en un dibujo improvisado, en una palabra que alguien lanza y queda resonando. Por eso, llevar un cuaderno, registrar con fotos, guardar bocetos o frases sueltas puede ser una forma de cuidar y acompañar el proceso. Se trata de construir un pequeño archivo que permita rastrear lo que ocurre cuando varias personas piensan juntas.

Otra forma de pensar con otros –ya mencionada antes– es postular a un fondo o concurso. Más que un trámite, redactar una postulación puede ser la excusa perfecta para conversar, ordenar intuiciones y afinar ideas. A veces las ideas nacen borrosas, y es solo al escribirlas, leerlas en voz alta, compartirlas y volver sobre ellas que empiezan a tomar forma.





Actividad educativa: Las vidas del plancton

El término plancton proviene del griego planktos, que significa “errante” o “vagabundo”, y alude a una comunidad de organismos acuáticos diminutos que flotan a la deriva, transportados por las corrientes y las mareas. Aunque algunos de ellos pueden nadar, su tamaño reducido o fragilidad les impide resistir la fuerza de las aguas, y su rumbo queda entregado al movimiento del océano. Esta multitud en suspensión —visible apenas al microscopio— constituye la base de la pirámide trófica marina: el fitoplancton, mediante la fotosíntesis, convierte la luz solar en materia orgánica, alimentando así a incontables especies, desde minúsculos zooplancton hasta ballenas. Además de sostener la vida marina, el plancton cumple un rol esencial en el equilibrio del planeta, contribuyendo a la producción de oxígeno y a la absorción de dióxido de carbono. En su deriva constante, el plancton encarna una forma de existencia colectiva, móvil y vital.

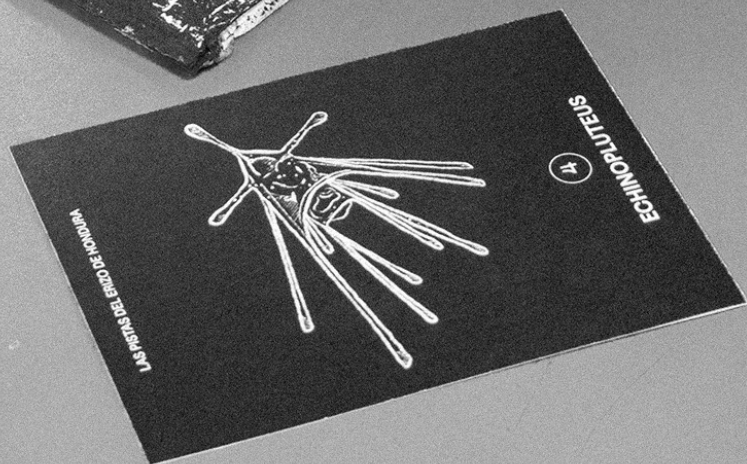
Pero no todo el plancton es diminuto. Las medusas, por ejemplo, forman parte del zooplancton gelatinoso: grandes, blandas y transparentes, también se dejan llevar. Aunque pueden impulsarse con suaves contracciones de sus campanas, la mayor parte del tiempo flotan a merced del mar. Muchas otras especies —cangrejos, peces, moluscos— también se les considera plancton en sus primeras etapas de vida, antes de asentarse o ganar autonomía. El plancton no es solo una forma de cuerpo, sino una forma de estar: en tránsito, en suspensión, en relación constante con el movimiento del mundo.

¿Y si imaginamos ese colectivo como un móvil? “Las vidas del plancton” es una actividad dirigida a estudiantes de 3° a 6° básico que invita a conocer este colectivo de organismos errantes y fundamentales para la vida en el planeta. A través de un ejercicio lúdico e interpretativo, niñas y niños se aproximan al mundo del plancton explorando sus formas, sus transformaciones y su rol ecológico. La propuesta cruza conocimiento científico, imaginación y dibujo para acercar, desde la experiencia, otras lógicas de vida.

Tras conocer distintas especies planctónicas y sus ciclos de vida a través de un juego de cartas, las y los estudiantes representan sus etapas vitales mediante la técnica de raspado: dibujan sobre una superficie de tetrapack pintada de negro, que luego raspan con una punta fina para revelar las formas. Después recortan sus dibujos y construyen un móvil que interpreta lo aprendido. Inspirados en la flotación y la deriva del plancton, cada móvil es una pequeña constelación suspendida, que se balancea con el aire como si flotara en el mar.

Al representar los ciclos planctónicos en móviles, niñas y niños no solo aprenden sobre biodiversidad marina, sino que también se sumergen en una metáfora sensible de lo común: un colectivo a la deriva que, sin saberlo, mantiene el mundo en movimiento.

Esta actividad forma parte del primer ciclo de experiencias educativas de La carpa de la medusa. La versión completa, con sugerencias pedagógicas y orientaciones paso a paso, está disponible en www.nubelab.cl/recursos





3. Cómo habitar la playa: narrativas del lugar

“Más permanente —pero menos fácil de expresar— es el sentir que uno tiene hacia un lugar porque es nuestro hogar, el asiento de nuestras memorias o el sitio donde nos ganamos la vida”.²³

Mi mamá murió cuando yo tenía cinco años y mi hermano dos. Desde entonces, pasamos todos los veranos en Viña del Mar con mi abuela, desde que salíamos de vacaciones hasta que volvíamos al colegio. Ella hacía lo posible por cuidarnos y mantener algún orden, pero solo mi hermano —tan pequeño todavía— seguía sus rutinas. Yo, en cambio —entre furiosa y decepcionada de la vida, quizás— hacía lo que quería. Para una niña de esa edad, hacer su voluntad eran cosas simples, pero con un sabor intenso a libertad: andar todo el día a pies descalzos aunque la arena quemara, trepar la silla del salvavidas y lanzarse desde lo más alto, jugar al “muertito”, dejando que las olas hicieran lo suyo —llevarme mar adentro, devolverme, revolverme— sin que yo moviera un solo músculo.

Esa falta de bordes —en los horarios, en las rutinas, en cómo el calor, el cuerpo, la arena y el agua se mezclaban—, esa manera de estar y sentir el entorno, es lo que años más tarde reconocí como el “sentimiento oceánico”: una sensación arrasadora en que el yo se disuelve en el mundo, y logramos reconocernos como parte de algo inmenso, desconocido y hermoso.

Luego vino otra playa, distinta a aquella de la infancia. Playa Blanca, junto a Tongoy, fue la playa de mi juventud. Durante años fui con amigos, haciendo las tonteras propias de la adolescencia. Pero también crecí ahí, acompañada por distintas personas a lo largo del tiempo: mi papá, mis abuelos, quien fue mi pareja y padre de mis hijos, y ahora mis propios hijos. Fue otra manera de experimentar el territorio: a través de sus personas. Conocí las historias

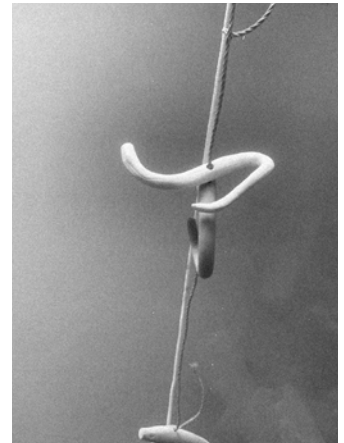
23 Yi-Fu Tuan, *Topofilia: Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Editorial Muselina, 2007, p. 130.

de quienes viven allí, aprendí sus costumbres, descubrí las herramientas hechizas de quienes trabajan en el mar. Escuché sus penas y compartí algunas de sus alegrías. Sin dejar nunca de maravillarme con la calma del mar, la hipnosis de observar una y otra vez cómo rompen las olas, y cada puesta de sol que parece distinta a la anterior. Hace algunos años aprendí a bucear en ese lugar. El fondo marino me enseñó otra playa: otro ritmo, otro lenguaje, otra forma de mirar.

Chile tiene más de 6.400 kilómetros de costa. De las 345 comunas del país, 104 son costeras, y cerca del 44% de la población se traslada a las playas durante el verano²⁴. Eso significa que una gran parte de quienes cohabitamos este territorio hemos estado, de una forma u otra, vinculados al borde costero. Cada persona tiene su propia historia con la playa; la mía es solo una entre millones. Pero, ¿qué hace, entonces, que una playa se vuelva parte de quienes somos? ¿Cómo podemos establecer vínculos sensibles que nos hagan sentir parte de un lugar y cuidarlo desde una profunda sensación de unidad? ¿Cómo pasamos de ser visitantes o usuarios a cohabitantes y cuidadores?

El geógrafo Yi-Fu Tuan, en su libro *Topofilia* (1974), propuso este término como una forma de nombrar ese lazo afectivo entre las personas y los lugares. Se trata, ante todo, de un sentimiento de apego, que nos vincula a ciertos lugares con los que, por una u otra razón, nos sentimos identificados. Este vínculo implica una serie de vivencias que nos marcan emocionalmente: un complejo entramado de relaciones materiales, históricas y simbólicas, imbricadas culturalmente.

Muchas veces se dice que “hay que saber leer el ambiente”, pero esa lectura no ocurre solo con los ojos ni se limita a datos visibles. Leer un lugar implica activar una aproximación sensible y curiosa, que permita percibir lo que no está dicho, lo que se huele, se escucha, se recuerda, se imagina. Es una lectura viva, en constante transformación, que se construye por capas.



24 La Asociación de Investigadores de Mercado y Opinión Pública de Chile (AIM). (2025). Estudio revela que el 44% de los chilenos irá a la playa este verano. Recuperado de: <https://aimchile.cl/estudio-revela-que-el-44-de-los-chilenos-ira-a-la-playa-este-verano/>





Habitar un territorio no es simplemente estar en él, sino reconocer que nos antecede y nos sobrevive. Cada lugar tiene una memoria, un ritmo, una red de sentidos que no es única ni fija, sino múltiple y dinámica. Reconocer eso es el primer paso para convivir con respeto.

En la actualidad, el llamado a cohabitar la playa de manera más profunda y respetuosa se vuelve urgente. Marejadas intensas, el aumento del nivel del mar y la contaminación están transformando las costas chilenas en zonas críticas, donde convergen los efectos del cambio climático y la acción humana. Las comunidades costeras, que dependen del mar para vivir, ven cómo se deterioran sus recursos, mientras los ecosistemas marinos enfrentan pérdidas irreversibles. Esta crisis interpela nuestra manera de mirar y relacionarnos con estos territorios. La playa que hoy conocemos —como lugar de ocio, descanso y conexión— es una invención relativamente reciente: sólo desde el siglo XVIII dejó de ser vista como un espacio inhóspito y se transformó en un lugar de bienestar físico y emocional. Fue un cambio cultural.

Si eso fue posible entonces, ¿qué tipo de transformación podemos imaginar hoy? ¿Cómo hacemos para que el cuidado del territorio no sea una excepción ni un mandato externo, sino una consecuencia natural de cohabitar con conciencia y afecto? Quizás la respuesta está justamente en aprender a leer por capas y en permitir que los lugares, poco a poco, también nos transformen.

Para poner en práctica:

Para desarrollar un lazo afectivo con un lugar no basta con conocerlo: hay que dejarse afectar por él activando estímulos que provoquen experiencias significativas. Algunos activadores son sensoriales y generan placer inmediato: dejarse afectar por el viento, el sonido del mar, las texturas del entorno, los placeres primarios de la infancia. También podemos activar la experiencia a través de la deriva: tomarnos el tiempo para vagar sin rumbo, cultivando una actitud de curiosidad y apertura. Otros activadores provienen del conocimiento sorpresivo: una pregunta inesperada, un dato que reordena nuestra percepción. La relación con un lugar se construye en el tiempo, con capas que sedimentan pedacitos de nosotros junto a estímulos del entorno. Entonces, cuidar el entorno no se siente como un deber, sino una forma natural de cuidarnos también a nosotros mismos.





Actividad educativa: He visto

Las Cruces es una localidad costera ubicada en la comuna de El Tabo, Región de Valparaíso. En tiempos precolombinos, el territorio fue habitado por las culturas Bato, Llolleo y Aconcagua, y —como señala el artista visual y cruzólogo Luis Merino Zamorano²⁵— hasta el siglo XVI estas tierras eran dominio del pueblo Huachunde. De todas ellas se conservan vestigios arqueológicos dispersos, como los conchales —restos de conchas, huesos y herramientas de pesca que dan cuenta de una vida profundamente vinculada al mar— o las piedras tacitas —superficies rocosas con concavidades circulares de poca profundidad que, supuestamente, se utilizaban de molienda—. Se desconoce el nombre que estos habitantes daban al lugar. De hecho, el origen del nombre “Las Cruces” no está del todo claro. Una de las versiones más difundidas sugiere que hace referencia a las cruces instaladas frente al mar para conmemorar un naufragio. Aunque no existen registros históricos que lo confirmen, esta versión ha perdurado en la tradición oral local.

El desarrollo de Las Cruces como balneario comenzó hacia fines del siglo XIX. En ese periodo, familias acomodadas de Santiago empezaron a construir sus casas de veraneo, influenciadas —en ese entonces— por la nueva costumbre europea de vacacionar junto al mar. Este fenómeno dio origen a otros balnearios de la zona central, como Cartagena y el propio Las Cruces. Uno de los sectores más representativos de ese proceso fue el Barrio El Vaticano, conformado por viviendas señoriales de principios del siglo XX, muchas de las cuales subsisten hasta hoy como testimonio de un patrimonio arquitectónico singular.

Las Cruces ha sido también un espacio de resonancia cultural. Aquí residieron y veranearon figuras clave de la cultura chilena como el pintor Juan Francisco González, el escritor Baldomero Lillo, Gustavo Frías, el grupo de Los Diez —conformado por artistas, arquitectos y escritores que marcaron la escena cultural a principios del siglo XX—, el antipoeta Nicanor Parra y la poeta Carmen Berenguer, quienes hicieron de esta localidad su hogar en los últimos años de sus vidas.

25 Luis Merino Zamorano, *Las Cruces. Barrio El Vaticano, arquitectura patrimonial*. RIL Editores, 2007.

Más allá de su dimensión histórica y cultural, Las Cruces

destaca por su relevancia ecológica. Se encuentra rodeada de playas —Playa Chica, Playa Grande, Las Salinas—; un campo dunar; la Laguna El Peral declarada como Santuario de la Naturaleza; y el mirador Punta El Lacho —donde se encuentra la Estación Costera de Investigaciones Marinas de la Pontificia Universidad Católica (ECIM UC)—, este conjunto la convierte en un enclave estratégico para la conservación de la biodiversidad marina, la investigación científica y la educación ambiental.

El balneario de Las Cruces, como tantos otros en la costa central de Chile, condensa múltiples capas de sentido: históricas, culturales, pero también de memorias y afectos que componen una historia compleja, tejida por quienes la viven día a día y también por quienes llegan solo por un verano. “He visto” es una actividad dirigida a estudiantes de 7° a 8° básico que invita a mirar los lugares como sedimentos de experiencias y memorias compartidas. A través de un ejercicio visual y narrativo basado en el collage, las y los estudiantes exploran su entorno componiendo con testimonios locales, imágenes y dibujos. La propuesta cruza interpretación e imaginación para activar una comprensión más afectiva y compleja del territorio.

A partir de un banco de relatos y retratos de habitantes de Las Cruces —vecinas y vecinos que comparten sus memorias del lugar—, las y los estudiantes, organizados en duplas, seleccionan fragmentos de los relatos para comenzar a superponer capas. Utilizando la técnica del decoupage —con fotografías del lugar, papeles delgados, dibujos y palabras— reinterpretan visualmente esas historias, sumando sus propias impresiones, lecturas y gestos. En la última capa, cada dupla se inscribe en la imagen, dejando una huella que inscribe su presencia en ese nuevo relato. En este ejercicio de escucha, interpretación y creación, el territorio se revela como una trama de memorias, afectos y vínculos compartidos. “He visto” propone así una manera de leer los lugares desde sus capas visibles, invisibles y acumulativas, donde todas y todos somos parte de ese relato colectivo.

Esta actividad formará parte del segundo ciclo de experiencias educativas de La carpa de la medusa. Actualmente se encuentra en desarrollo y pronto estará disponible en www.nubelab.cl/recursos



4. Tapiz de relaciones: historias materiales y economías circulares

“La vida no se apoderó del mundo a través del combate, sino mediante la creación de redes”.²⁶

Lo que realmente importa en la vida —he llegado a entender con el tiempo— es saberme parte de un tapiz de relaciones. Un tejido que entrelaza lugares con tiempo, personas con paisajes, seres vivos y no vivos, pensamientos y conversaciones. En ese tapiz, el yo no es el centro, sino un nudo más, sostenido por su conexión con todos los demás. Una vez que experimenté esa sensación de unidad —profunda y sin jerarquías— comprendí las limitaciones de la racionalidad instrumental. Empecé a buscar, en cambio, formas de vida más sensibles y colectivas.

Fue en el arte, la jardinería, la lectura, la meditación y el estar con otros donde encontré recursos para sostener esa imagen interior. Prácticas que me ayudaron no solo a comprenderla, sino a encarnarla, a hacerla visible en lo cotidiano. Aprendí a bucear buscando el sentimiento oceánico que alguna vez había leído en Freud, y encontré formas de vida suspendidas, flotantes, interdependientes. Con un grupo de amigos instalamos un atrapanieblas para observar el movimiento de la niebla costera: agua que se transforma en nube y flota, esparciendo su humedad sobre los cerros. Recordé entonces lo que Darwin decía sobre las lombrices: seres invisibles que trabajan sin descanso por la vida de la tierra. Y comencé a practicar sus formas con arcilla. Planté y coseché papas en la isla de Chiloé, con el deseo de tocar sus raíces y seguir los movimientos que el botánico Stefano Mancuso llamó los “dedos-mente” del reino vegetal. Cada gesto, cada práctica, era un modo de tejer, de seguir tejendo mi tapiz.

Tal vez todo esto no sea más que el eco de una idea antigua. El poeta romano Lucrecio afirmaba que todo en el universo está compuesto por una misma sustancia fundamental. Si

26 Margulis, L., & Sagan, D. (1987). *Microcosmos: cuatro mil millones de años de evolución microbiana*. [Cita traducida de “La vida no se apoderó del mundo mediante el combate, sino mediante la creación de redes”]. *Atlas of the Future*. Recuperado de <https://atlasofthefuture.org/es/science-friction-lessons-in-the-art-of-coexistence/>

seguimos esa visión, la diferencia entre una piedra y una persona, entre una red de pesca y una carpa, no es más que una cuestión taxonómica. Todo existe dentro de un mismo campo de fuerzas vivas, en transformación constante. Somos parte de un gran organismo en permanente proceso de regeneración.

Cada tanto, estos pensamientos abstractos —y rumiantes— se encuentran con una historia material concreta. Un objeto, una secuencia de procesos, un gesto técnico: algo que se me revela y me permite comprender más profundamente esa conexión vital. Una de esas historias es la de la tela de *La carpa de la medusa*.

Hace algunos años, tres surfistas norteamericanos —David Stover, Ben Kneppers y Kevin Ahearn— imaginaron una forma de transformar un problema ambiental en una oportunidad de regeneración. Durante sus viajes por la costa chilena, se encontraron con una imagen repetida: redes de pesca abandonadas en el mar, convertidas en basura flotante y en una amenaza silenciosa para la vida marina. “Por generaciones, las redes de pesca viejas se han tirado por la borda al final de su vida útil. Hoy, estas redes representan cerca del 10% de los plásticos marinos por volumen a nivel global. Pero resulta que pueden ser reutilizadas de muchas maneras”, señalaron más tarde²⁷.

Así nació NetPlus®, una tela elaborada a partir del reciclaje de redes de pesca. En 2013 fundaron Bureo, una empresa que comenzó sus operaciones en Talcahuano, en colaboración con comunidades de pescadores artesanales. El proceso consiste en establecer alianzas locales para recolectar redes en desuso, que luego son clasificadas, limpiadas y trituradas hasta convertirse en pellets de plástico reciclado. Esos pellets, a su vez, se hilan hasta formar una tela de alto rendimiento, utilizada hoy en la fabricación de múltiples productos. Bureo opera actualmente en ocho países, y NetPlus® se ha transformado en una materia prima reconocida por su trazabilidad, resistencia y bajo impacto.

Esa historia la fui conociendo por partes. Primero el material, luego el proceso, y después la red humana detrás. A medida que comprendía más, más deseaba que

27 Patagonia, Net Positiva: una red de cambio para las costas de Sudamérica. Recuperado de: <https://www.patagonia.com/es/stories/net-positiva/story-88629.html>

fuera este el material que vistiera la carpa. Y más sentido cobraba la idea de que los materiales no son neutros ni están simplemente al servicio de nuestros fines: cargan sentido, y ese sentido transforma la forma.

Finalmente, así fue. Las redes de pesca convertidas en tela vestirían una carpa, que se instalaría en un pueblo costero como albergue para compartir conocimientos, historias y conversaciones. Los creadores de Bureo jamás imaginaron que su tela terminaría en una carpa artística. Los pescadores, tal vez, tampoco imaginaron que esas redes que manipulan a diario podrían transformarse en una polera, una chaqueta o un jockey. Nosotros, los artistas, tampoco habíamos previsto nada de esto. Pero una vez que lo supimos, le dimos un sentido poético. Y trabajamos con un arquitecto, con constructores, con científicos del ECIM, con la comunidad de Las Cruces, para que esa materialidad tomara una nueva vida con sentidos recargados.

Y es que, precisamente como dice Jane Bennett en *Materia vibrante* (2022): “Una materialidad vital nunca puede realmente ‘desecharse’, pues continúa su derrotero incluso en cuanto mercancía descartada o no deseada.” (p.40). Este relato es, también, el rastro de ese derrotero. La huella de una materia que, sin dejar de ser red, llegó a ser carpa. Y que, quizás, mañana, volverá a ser otra cosa. Entonces, ¿qué pasa si pensamos la materia no como algo que se agota, sino como parte de un ciclo continuo de transformaciones?

Quienes trabajamos desde el arte conocemos bien ese momento. Lo hemos visto muchas veces: cuando el barro cede ante altas temperaturas, cuando una idea toma forma en el papel, cuando la luz altera una imagen. Ese gesto —sutil pero decisivo— merece atención. Está ligado a una forma de observación sensible. Observar los cambios de la materia estimula la imaginación, al igual que el conocimiento que se infiltra mientras trabajamos. En el taller, todo lo que nos rodea —lo que leemos, lo que recordamos, lo que conversamos— se cuele, se mezcla, se transforma en la práctica y nos permite interrogar la materia de diversas maneras, jugar con ella, imaginarla distinta.

Nunca es la misma porque nosotros tampoco lo somos: vamos sabiendo más, sintiendo diferente, proyectando otras formas.

Este cruce entre imaginación, conocimiento y sensibilidad nos entrena para ver lo extraordinario en lo ordinario. Transformar creativamente lo que ya tenemos no solo activa ciclos orgánicos de renovación, sino que desarrolla habilidades de observación, fabricación manual, consumo responsable y goce por lo intangible, como la imaginación y los procesos de creación. Y por último, al reconocer la vitalidad de lo que nos rodea —materiales, objetos, paisajes, residuos— podemos repensar el valor que le asignamos a las cosas. No como algo fijo, definido por su precio o funcionalidad, sino en su capacidad para seguir relacionándose, mutando y generando sentido en cada nueva forma que adoptan. Ese valor en movimiento es el que sustenta una verdadera economía circular: una que reconoce en cada transformación una continuidad, no un final.

Así como los artistas, los materialistas vitales —como los llama Jane Bennett— “intentarán demorarse en esos momentos durante los cuales se sienten fascinados por los objetos, considerándolos como indicios de la vitalidad material que estos objetos comparten con ellos”. Ese potencial transformador, esa sorprendente sensación de “homogeneidad con el afuera”, puede conducirnos a tratar a los otros-que-humanos, —animales, plantas, la Tierra, incluso artefactos y mercancías— de manera más cuidadosa, estratégica y ecológica. (p.57)

** La actividad educativa de esta lección aún no tiene forma definida. Pero pronto completará el ciclo de actividades disponibles en www.nubelab.cl/recursos*





Para poner en práctica:

Sugerimos hacer más visibles los procesos de transformación por sobre el elogio del producto terminado, como forma de valorar los materiales, objetos y elementos en sus distintas etapas de vida, y prolongar su utilidad más allá de lo aparente. Esto puede abordarse a través de herramientas que permitan visibilizar y comunicar procesos y relaciones: como la visualización de datos o el relato de historias—storytelling—que hagan visibles las redes y ciclos múltiples que atraviesan las cosas. Dejar expuestos los cambios que experimentan los materiales —una fruta que se pudre, un papel al sol— puede activar una sensibilidad hacia lo que está en constante transformación. Y desde el diseño, es clave pensar los objetos desde el origen para que puedan desarmarse, transformarse y volver a circular.



Desde la otra
orilla, que no
es tan distinta

Epílogo por
Celeste Kroeger Campodónico

En la mitad de este *Diario de Playa*, Paula nos dice que uno de los procesos creativos colectivos que tienen identificados en Nube comienza con el lanzamiento de una idea. Ésta queda flotando en el aire, es moldeada por otras personas, y en ocasiones “se asienta”, al igual que las larvas de diversos invertebrados marinos. También nos cuenta que es cada vez menos frecuente que alguien de su equipo se enfrente con miedo ante una nueva idea, y diga “no entiendo qué es esto”, porque la gracia está en jugar con confianza, en dejar que ese primer chispazo se transforme cuantas veces haga falta hasta que resuene, o simplemente no lo haga.

Ambas formas de hacer tienen cada vez más sentido para mí.

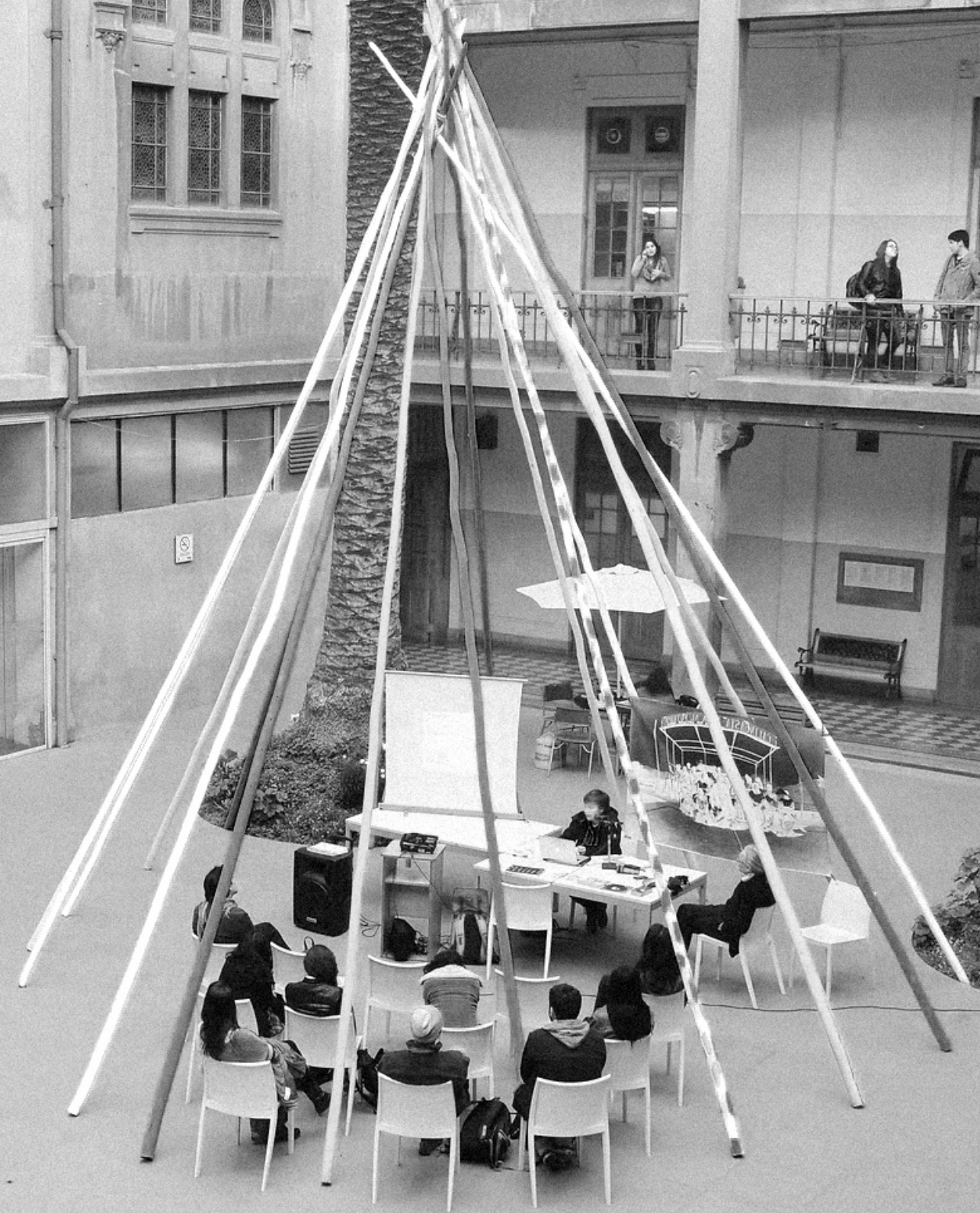
Desde donde estoy —en una orilla cercana a las ciencias y a la educación— las artes muchas veces son vistas como un bicho raro, muy valioso pero difícil de comprender, de otro mundo “al que no pertenecemos y que no entendemos”. Multiversos que corren en paralelo y que pocas veces se cruzan de forma no instrumental, uno al servicio del otro.

Quién sabe si por tropezones, coincidencias o búsquedas más activas, con el tiempo cada vez me he visto involucrada en más proyectos que revuelven disciplinas, ciencias marinas-artes, educación-diseño, comunicaciones-conservación. El comienzo de cada una de estas nuevas aventuras ocurre, sobretodo, por el cruce con una persona -o un grupo de ellas- con quienes, sin entender nuestras ideas del todo, conectamos y nos entregamos a dejar que se vayan develando los próximos pasos, confiando en el hacer-sentir de cada una, dejando espacio para la improvisación y para arreglar la carga en el camino. Por su parte, el recorrido y sus desenlaces, han tenido también siempre como motor a personas entusiastas y empujadas por la curiosidad, el cariño y el disfrute del hacer. Aunque esto implique casi todas las veces trabajo en horas poco comunes, se aprende a estirar el tiempo.

La carpa de la medusa no fue la excepción, o quizás sí, en el sentido que fue todo aún más intenso. El espacio creado fue más grande y persiguió tener continuidad. Busco en mi teléfono, y la primera conversación con Paula es del 2022. Me escribió por Whatsapp para gestionar una carta de apoyo a una postulación, necesitaba conseguir “un permiso para hacer una actividad en la playa”. Una protomedusa ya rondaba. Pasó el tiempo, y en abril del 2024 nos encontramos en persona en Antofagasta, en el marco del Festival Puerto de Ideas, ella con un atrapanieblas enorme con marquitas de agua voladora del desierto, y yo con un arrecife semiprofundo tejido a crochet por más de 100 mujeres de la zona central. Ahora que lo pienso, quizás ahí hubo una primera conexión con qué es lo que hacía cada una.

En invierno del 2024 la cosa agarró velocidad, conocí al equipo de Nube, se sumó el Municipio de El Tabo y la Biblioteca Escolar Futuro de la UC. Viajaban correos de un lado a otro, los chats se empezarían a llenar de videos, enlaces, fotos, pensamientos para seguir rumiando y ocurrirían algunos encuentros presenciales para armar el gran día: el día que la medusa vaporosa enorme amaneció, junto con nosotras, en la playa chica de la localidad que habito hace ya algunos años. Y fue caótico, y fue sentirse en casa, nuevamente con un equipo humano pulsante y creativo. Nos equivocamos, nos reímos y encontramos soluciones.

Durante todo el proceso volví a pensar mucho en que las artes y las ciencias no son tan distintas. Desde ambas orillas observamos el mundo, lo interpretamos, tenemos preguntas, y formas de contestar esas preguntas, dibujamos, escribimos, ordenamos ideas en nuestras cabezas, las tratamos de pasar al papel, y luego las compartimos, ya sea en obras, en publicaciones, en intervenciones del espacio público, escritos u otros formatos. Y aunque haya elementos en común, hay también elementos distintivos. En esa diversidad radica la riqueza, que permea a los proyectos compartidos entre disciplinas. Los saberes se suman y empujamos mutuamente nuestros horizontes.



La carpa de la medusa es un espacio de encuentro, que no enseña desde el discurso, sino desde la experiencia. Produce así momentos y aprendizajes que son significativos, contextualizados y probablemente más duraderos, pues son apropiados por quienes viven la experiencia.

Mientras escribo esto, y tengo en mente a la gran medusa blanca-naranja-translúcida en medio de la arena, pienso también en *El Aula Transparente*, una obra de Peter Kroeger Claussen, mi papá, que fue instalada en los patios de casa central de la Universidad Católica de Valparaíso en 2014. En ese tiempo, con un poco más de escepticismo que ahora, ya me intentaba entregar a los cruces disciplinares, aunque me costara muchas veces no entender el para qué de algunas acciones del mundo de las artes. La influencia de haber terminado de estudiar biología marina hace poco tiempo era más fuerte.

Resulta que *El Aula Transparente* era también un espacio de encuentro, en el que había charlas, conversaciones, proyecciones y exhibiciones de obras, y que rompía visualmente con lo que tradicionalmente se entiende como un espacio educativo (paredes-mesas-sillas-pizarrón). Generaba un lugar y tiempo que propiciaba el intercambio a voluntad. La obra la conformaban una veintena de largos palos de madera, de diferentes colores, dispuestos verticalmente y en diagonal, cruzándose en su parte superior, como una tienda-carpa cónica. Si bien buscaba ser un espacio para abrirse a distintas expresiones y enfoques sobre el pensamiento artístico, sin agregar la dimensión del pensamiento científico, al igual *La carpa de la medusa* se trataba de un espacio del que se podía salir y entrar libremente en cualquier momento y que perseguía encuentros sensibles.

De repente, me parece que quienes trabajamos desde las ciencias, las artes y la educación, podemos compartir un propósito común: sostener el asombro. Antes y todavía, pienso que la relevancia de hacer del arte una experiencia pública, situada, viva (y en este caso en la playa), también aplica para las ciencias marinas.







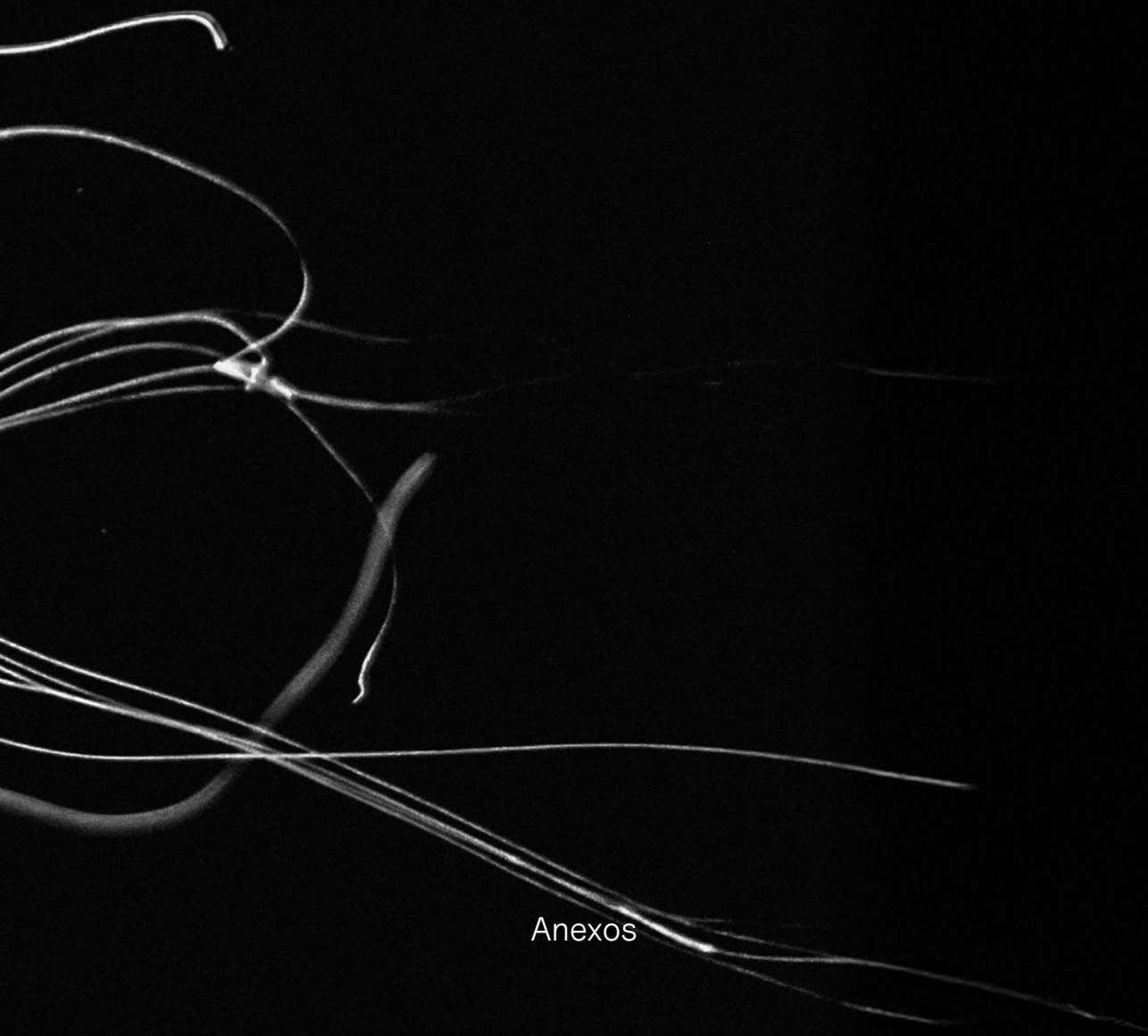








Tentáculos



Anexos

Glosario

por Carolina Castro Jorquera

1. Arte-Ciencia, entrelazando formas de conocimiento:

Tanto el arte como la ciencia son procesos creativos que involucran al ser humano y la naturaleza. Pensar científica o artísticamente es participar con nuestra percepción intuitiva del mundo. Cuando se unen, ambas se afectan mutuamente dando origen a formas de hacer-pensar particulares. Puede que la ciencia y el arte parezcan caminos distintos, pero ambos suelen ser formas de divergencia de una realidad preexistente, el nacimiento de nuevas formas de comprender y de hacer mundo. Cuando arte y ciencia se cruzan, surgen modos híbridos de hacer-pensar que enriquecen tanto la experiencia estética como el conocimiento. Juntas, abren posibilidades para reimaginar el mundo desde perspectivas sensibles, críticas e innovadoras.

2. Saberes populares de la playa:

Los saberes populares de la playa son conocimientos y prácticas transmitidos por generaciones que están relacionadas con el habitar del litoral, sus costumbres, formas de estar y de ver la playa como lugar natural, social y cultural. Pueden incluir tanto cosas simples como la forma de entrar al mar desde la arena, capear las olas e incluso técnicas de pesca, recolección de mariscos, conocimiento de las mareas y las corrientes, así como tradiciones culturales y rituales asociados con el mar. Estos saberes reflejan una relación íntima entre las comunidades costeras y su entorno, promoviendo una comprensión estrecha de la naturaleza. Conforman la identidad cultural y contribuyen a la preservación de los ecosistemas marinos.

3. Ciencia ficción, sueños y otras formas de conciencia:

La ciencia ficción explora realidades alternativas y futuros posibles, utilizando elementos científicos y tecnológicos como telón de fondo. A menudo, se entrelaza con los sueños y otras formas de conciencia, planteando preguntas sobre la naturaleza de la realidad, la percepción y la identidad. Estas narrativas invitan a reflexionar sobre el potencial de la imaginación. A través de metáforas y simbolismos, la ciencia ficción, la exploración de los sueños y otras formas de conciencia ofrecen un espacio para explorar lo desconocido y expandir la comprensión del ser humano y su simbiosis con otras formas de vida.

4. Dibujar como hacer-pensar:

Dibujar se revela como una herramienta tentacular, capaz de conectar ideas y procesos de manera fluida. Al trazar líneas sobre el papel, la mente se expande, explorando múltiples direcciones al mismo tiempo. Cada dibujo se convierte en un nodo que une pensamientos, sentimientos y experiencias, creando una red rica y compleja. Este proceso de hacer-

pensar permite que las ideas emerjan de manera orgánica, donde lo visual y lo conceptual se entrelazan. Así, el acto de dibujar no solo documenta, sino que también genera nuevas comprensiones, transformando el pensamiento en una experiencia viva, dinámica, y rizomática.

5. Ancestralidad de una medusa:

La ancestralidad de una medusa se refiere a su evolución y su existencia en la Tierra durante millones de años. Estas criaturas, pertenecientes al filo Cnidaria, son consideradas algunos de los organismos más primitivos del planeta. Sus características biológicas y su capacidad de adaptación han permanecido relativamente inalteradas, lo que las convierte en testigos de la historia evolutiva. Las medusas representan un vínculo con el pasado, mostrando la resiliencia de la vida en océanos y su importancia en los ecosistemas marinos actuales. Mirar el mundo desde la perspectiva de una medusa desafía las temporalidades conocidas, y nos invita a reflexionar sobre nuestra breve, pero impactante huella, en la diversidad planetaria.

Bibliografía:

Asociación de Investigadores de Mercado y Opinión Pública de Chile (AIM). Estudio revela que el 44% de los chilenos irá a la playa este verano. 2025. <https://aimchile.cl/estudio-revela-que-el-44-de-los-chilenos-ira-a-la-playa-este-verano/>

Atlas of the Future. Science Friction: Lessons in the Art of Coexistence. 2021. <https://atlasofthefuture.org/es/science-friction-lessons-in-the-art-of-coexistence/>

Bachelard, Gaston. La poética del espacio. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Bennett, Jane. Materia vibrante. Buenos Aires: Caja Negra, 2022.

Haraway, Donna. Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno. Traducido por Helen Torres. Bilbao: Consonni, 2019.

Haraway, Donna. When Species Meet. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008.

Mancuso, Stefano, y David Paradela López. La nación de las plantas. Quinta edición. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2024.

Margulis, Lynn, y Dorion Sagan. Microcosmos: Cuatro mil millones de años de evolución microbiana. Barcelona: Tusquets, 1987.

Merino Zamorano, Luis. Las Cruces. Barrio El Vaticano, arquitectura patrimonial. Santiago: RIL Editores, 2007.

Orwell, George. Dentro de la ballena y otros ensayos. Traducción de Marcial Souto. Barcelona: Ediciones Destino, 2003.

Patagonia. Net Positiva: una red de cambio para las costas de Sudamérica. 2020. <https://www.patagonia.com/es/stories/net-positiva/story-88629.html>

Pontificia Universidad Católica de Chile. El 86% de las playas está en riesgo de desaparición. 2023. <https://www.uc.cl/academia-en-los-medios/el-86-de-las-playas-esta-en-riesgo-de-desaparicion/>

Solnit, Rebecca. Una guía sobre el arte de perderse. Capitán Swing, 2020.

Tuan, Yi-Fu. Topofilia: Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno. Editorial Muselina, 2007.





Diario de Playa

Diario de Playa: crónicas de una medusa viajera es una colección que busca compartir los procesos creativos y las lecciones aprendidas en torno a La Carpa de la Medusa, un espacio de ficción que viaja y se instala en distintas playas.

Este primer tomo, Cuando el arte se cruza con la ciencia y la educación, recoge el recorrido desde los primeros esbozos de la idea hasta su materialización en la Playa Chica de Las Cruces. La historia se presenta a través de fragmentos, bocetos y ejercicios educativos, reconociendo que todo proceso creativo es siempre vivo, cambiante e incompleto. La diagramación, con amplios márgenes en blanco, invita además a quien lee a sumar comentarios y nuevas ideas.

Con cada instalación en nuevas localidades costeras, la carpa-medusa seguirá generando relatos y aprendizajes que se incorporarán a estos diarios. Así, esta colección busca convertirse en una fuente de conocimiento colectivo, creada junto a las comunidades que habitan las playas, y que contribuya a valorar y cuidar la vida en el borde costero.

